



**Universidad Nacional Autónoma de México**

---

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

**“De ser mujer, decir de la feminidad”**

T E S I S  
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA  
P R E S E N T A  
**Gabriela Dueñas Bautista**

Director: Mtro. **José Antonio Mejía Coria**

Dictaminadores: Mtra. **Andrea García Hernández**

Lic. **María Luisa Hernández Lira**



Los Reyes Iztacala, Edo. México, 2015



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## INDICE

INTRODUCCIÓN .....	5
I. DE LA MUJER HAY UN DECIR... .....	13
<i>a) Del cuerpo, a La mujer</i> .....	13
<i>b) De la creación mujer... hay un decir</i> .....	21
II. LO FEMENINO Y LA POESIA .....	25
III. LO FEMENINO Y LA EXISTENCIA .....	33
IV. LA SEXUALIDAD FEMENINA.....	41
V. DEL EROTISMO A LA MUJER QUE FALTA.....	49
VI. LO SAGRADO .....	61
CONCLUSIONES .....	71
BIBLIOGRAFIA .....	76

## LA DIFAMACIÓN DE LA MUJER

*Soy un ser de fatiga del hombre  
no merezco vivir  
soy un obstáculo de la perfección  
soy engendro del pecado y la muerte  
soy la puerta de entrada del diablo  
soy culpable de la muerte de Jesús  
he arrojado por tierra la imagen de Dios  
tengo un peligroso rostro  
soy un ser inferior que no fue hecho por Dios a su imagen y semejanza  
nacé para provocar la lujuria de los hombre  
no soy un ser humano  
soy un ser que en el pecado se concibió de mi madre  
soy culebra y escorpión  
un recipiente del pecado  
soy el sexo maldito  
corrompo a la humanidad  
soy un ser de deshonra  
soy esencia de los vicios  
de todas las maldades  
y de todos los pecados  
soy maldición y corrupción del hombre  
como una emboscada diabólica en  
la senda de la virtud y la satanidad  
soy un ser sexualmente insaciable  
soy una defectuosa deformación del pene  
mi valor esta en la capacidad reproductora  
y ser útil en las tareas domesticas  
soy un siervo*

*un buey  
un asno...  
un animal imperfecto  
y error de la naturaleza  
atrapo el alma del hombre  
tengo trato carnal con los espíritus malignos  
tengo entendimiento, corazón y fe débil  
además de una cabeza estúpida  
soy la puta del diablo  
soy de nacimiento mentirosa y engañosa  
y se duda de que tengo alma.<sup>1</sup>*

---

<sup>1</sup> Vannesa Santillana, en: Jesús Nava, "De la mujer no toda y el hombre negado a ser en falta", en: *Errancia Revista de Psicoanálisis, teoría crítica y cultura*, núm. 3, 2013, p.14.

# INTRODUCCIÓN

En la vaguedad de la escritura se tejen y deshilan las huellas circunscritas en la lúgubre materialidad de la carne, delirando en la belleza suspendida del texto, un lugar cifrable e indescifrable al acto inacabado donde el ser, pierde su origen.

El tejido sobre el cual se borda la escritura, nos introduce más que en un desvío, en un cuestionamiento que apuesta a la oscuridad y a la locura como el pasaje a desafiar los bordes del discurso, expresando a través de los excedentes del lenguaje, el punto ciego donde la poética trasfiguración de la palabras, es franqueada a través de los hilos mortíferos de la noche.

Ante la posibilidad de habitar un decir inscrito entre *ser mujer* o *ser hombre*, hallamos un desliz en lo tocante al cuerpo de la mujer, materialidad cifrada por la contextura de la carne. Asediada al nombramiento franqueado por el significante genital, la abertura que insiste y persiste, tramita el camino a conjeturar el apresamiento de la carne, en la articulación de una biología constitutiva del ser, permitiendo ir bordeando la configuración del cuerpo, lugar por donde los entramados del lenguaje hacen de la escritura el espacio por el cual circula la captura del cuerpo.

Determinante a ello, la hendidura que se deja empuñar en su servicio al placer, y se deja desgarrar en la voluptuosidad de la procreación y preservación de la existencia, ronda un atravesamiento discursivo en torno al cuerpo, para hacer juicio a la relación órgano-cuerpo, que a través del tiempo ha sido determinante social en la construcción de una cultura ideologizada en la fragmentación del cuerpo, implicando una organización simbólica que asume una posición respecto del órgano, inquiriendo en una normatividad que regula el eje que constituye la sexualidad, así como las formas de subjetividad que atañen a la sede biológica del órgano, ensombreciendo a la mujer y punteando maneras de decirse de la feminidad, haciendo denuncia de una marca que inscribe su condición de ser, objetivada en el deber ser, situando la mirada como el punto

quiebre dirigido hacia un supuesto saber, suscrito en la naturaleza de un devenir especular.

Colocada en la incertidumbre del deber ser, la esencia de la cultura e ideología, yacen cortejadas por la travesía del lenguaje, bordeando el lazo social mediante el cual un bagaje de creencias, de formas de pensamiento y de la concepción que se otorga al mundo, trastocan la figura de la mujer, buscando el lugar que ocupa, implicando limitantes que de manera superflua llevan a una ambigua y corrosiva aniquilación del ser, inaugurando la trama del discurso histórico.

Así, en lo tocante a un decir de la feminidad, surge una pugna mitológica que afirma a la mujer como encarnación del hombre, como ese ser creado para el hombre, instalando un cúmulo de constantes enigmas, anteponiendo un discurso sobre su sexo como el punto nodal que enmarca esa diferencia entre el hombre y la mujer, efecto de la genitalidad pene-vagina, y de historias que giran en torno al cuerpo de la mujer como ese “*otro hombre*” con genitalidad invertida. Y ante un decir de la mujer, delimitada por el género, también se dice una sexualidad desconocida, un cuerpo con un saber distinto, un cuerpo que ya no solo atañe a lo biológico, sino que también atañe a esa subjetividad de la que estamos hechos y que es vacío, en tanto no halla palabra que lo nombre.

De tal manera, en este destilar de la mujer y la feminidad, su existencia se sumerge en la quebrantadura de una oscuridad, instalando en el advenimiento de la mujer un código indescifrable, haciéndose objeto del discurso biológico y estigmatizando una propuesta en la austeridad de una moralidad que emerge de las miradas de reconocimiento que teclean sobre la imagen corporal, un espacio de anudamiento trazado en la renuncia y en la recolección de máscaras expuestas a un interpretable síntoma del decir de la mujer. Así mismo, la mujer deviene en su existencia, en tanto otro designa imperiosamente su lugar y condición de ser “aniquilándola”. Pero, sin consumir este aniquilamiento, la figura de la mujer retornara en la especularidad y el encantamiento de ese no-todo que obtura uno-saber.

Ante este irreprochable no-saber, uno de los principios que giran en torno a la conceptualización de la mujer, surge en relación al asediado cuerpo-carne-pecado, simbolizando en la mujer, ser el cuerpo ofrecido al despertar de los deseos y placeres del otro. Siendo este, uno de los ejes de atropello hacia la corporalidad de la mujer, en tanto es objeto hecho posesión y goce del otro, se subvierte en la mujer una investidura atravesada por un cuerpo silenciado en tanto refleja un símbolo puramente corporal y material.

Pero, más allá de esta construcción identitaria que se ha ido formando en torno a la mujer como objeto de la naturaleza y como cuerpo para los otros, se pone en discurso una expropiación de la existencia de la mujer, puesto que el poder y el ímpetu con el que ha sido sometida por los otros y por ella misma, han hecho “*vida*” y enajenación de ese “*ese ser mujer*”, reduciendo su condición a ser el cuerpo-objeto, representante del placer, receptor de vida.

Bajo esta idea, de la mujer constituida en el mundo como un ente sujeto al deseo del hombre, y enfatizada en investidura corporal, sexual y reproductora, se da cabida a visualizar el cuerpo de la mujer como ese objeto dador de placer y afirmamiento de la masculinidad, producto de una ideología jerárquica que reitera una dictadura hacia el rostro de la mujer, y que a su vez toma la corporalidad femenina como el reflejo de inferioridad, debilidad y pasividad.

Sin embargo, ese cuerpo concebido a través de diversos discursos, penaliza la imagen y conjetura un dominio encarnado en una naturaleza también proclive del mal y de la tentación, fungiendo esta sentencia, como un determinante de poder, sobre el cual, a lo largo del tiempo se han tejido y entramado inmensas ilaciones alrededor de una sexualidad que conduce al desconocimiento.

Ir remediando los senderos de la sexualidad de la mujer, permite introducir el principio fundamental que vincula el órgano genital, como la condición inevitable que confina el cuerpo en un irrefrenable dominio de identificaciones fantasmática y paradigmáticas, introduciendo dentro de la cultura una abdicación sostenida en el significativo de la castración, atribución legitimada en la mujer, producto de su falta y de resignificar la vía y organización de la sexualidad femenina.

En torno al terreno de la sexualidad se promueve una ruptura, reducida y aprisionada dentro de una sexualidad esencialmente para otros, con la función específica de brindar placer, procrear y reproducir. Así mismo, hablar de sexualidad, constituye un eje regulador de la práctica coital, situándola en una dependencia sujeta al campo jurídico, absorbiendo una sexualidad retenida en la prohibición y llevada al pecado. Motivo que remite a desviar la mirada, negando en el cuerpo sexual, un lugar trascendental que se agrieta al someterse en imperativo cultural.

En la fascinación de una sexualidad reprimida, se intercepta un cuerpo sujeto al deseo, un cuerpo abierto a transgredir la inventiva de reformas sexuales, y, a develar en una apuesta desmesurada, la experiencia de encontrar más allá de la práctica sexual, el umbral donde los sentidos pierden y dejan entrever un lugar que se ignoraba, la danzante poesía del erotismo.

La mujer no puede acceder, no puede ser, o no puede poseer, las mujeres viven un erotismo y un cuerpo tabuado, reduciendo su sexualidad a una escisión entre: erotismo-procreación.

Mirando a la mujer construida históricamente en sujeto-objeto, se instala en su erotismo, un erotismo sujeto al goce del otro, atravesado por el propio cuerpo. Pero este goce, que no es sublimado en tanto hay una ruptura del cuerpo y un erotismo que en sí ya ha sido perdido y desgarrado, disipa en la subjetividad erótica de la mujer, un determinante sintomático, apelado al inequívoco fundamento de la creación, invocado del deseo y constituyente de la mujer, cuerpo- pecado y placer-goce.

Desde esta dialéctica en donde la posición de su erotismo se opone a la transgresión y la prohibición de la ley, se agrieta un brecha para ahondar en ese desmembramiento del cuerpo erótico, que naufraga en la negativa a la no-relación sexual y a un goce otro, surgiendo la posibilidad de hacer lenguaje, de lo que se inhibe y reprime, y de lo que se ahoga en esta posesión de continente negro, en donde se pensaría, hay muerte femenina. La mujer no existe.

La escritura es la tentativa de una enunciación sofocada en el presente texto, tejido suturado, abriendo la posibilidad de articular un decir, suspendido al vacío. A continuación un breve esbozo de lo trabajado en cada capítulo de esta tesis:

I. De la mujer hay un decir... convoca a la originaria confección del cuerpo, delineando su existencia a través de un lecho sujeto en un primer momento a la memoria entrañable del mito bíblico, huella significativa que hace empuje a la configuración de la mujer, estableciendo un decir sujeto a la lectura del cuerpo. Persistente a dar solidez a la lectura del cuerpo, se presenta el cuerpo de la mujer en la entramada discursiva de una disimetría atravesada en la corporalidad del otro (el hombre), hendidura oculta que se exhibe falta y se entrega sede de placer y procreación.

Así, esta anatomía promueve divergencias en relación a un decir del cuerpo, de esta manera, la mujer histórica, social y culturalmente formará parte de un desplazamiento dirigido a determinar su posición “destinada” por lo real órgano pene-vagina, culminando en la degradación del sexo, e implantando el género como una construcción cultural genéricamente determinada por el sexo.

II. lo femenino y la poesía, rasgúan ligeramente desde el simbolismo del cuerpo lo femenino como un lugar de ahogamiento para poder poetizar a través del lenguaje, un territorio donde la mujer escapa de las sombras, asechando en la voluptuosidad de su cuerpo, un universo vacilante. En este naufragio, también se despliega un resonar expuesto al develamiento de la imagen y se atisba en el silencio, de un reflejo inquietante que responde a la desnudez del lenguaje, traspasando las fronteras entre el vacío y la oscuridad, haciendo del cuerpo, el lienzo por donde desemboca la mirada anudada en la imposibilidad de un desciframiento. Lo femenino seduce y algo esconde.

III. De la feminidad a la existencia, postula una travesía delineada en la arquitectura de una condición constituida a través de Simone de Beauvoir: “*no se nace mujer, llega una a serlo*”, aniquilando un despliegue de discursos heredados de una posición condensada en un estatuto genérico y sociocultural.

Escribir de la feminidad precisa la necesidad de expresar la profundidad de una condena destinada a sumergir su corporalidad, como la clavija de posicionamiento en torno a su significativo órgano, y a colocarla como objeto captado en la pasividad. Esta trascendencia enfrenta la cuestión interminable de su existencia, en una trama suspendida en la arrogante disyuntiva de consagrar el cuerpo de la mujer en la precaria abdicación de las demás apresadas en la frivolidad de un rostro incompleto. Es no-toda y proscribire una negación a ser conceptualizada fallida, en tanto, su sexualidad decapita una naturaleza procreadora y un cuerpo reducido a objeto del placer.

IV. La sexualidad femenina retoma la puesta discursiva ¿Que quiere una mujer?, allanando en el misterio, el desgarramiento de su nacimiento. La sutura que permite entablar el encanto que introduce a la feminidad, crea un lazo en la interdicción de la falta, falta que se estructura en el lenguaje de un dominio trastocado en el despliegue de una sexualidad supuesta a dos vías genitales: el clítoris (análogo al pene) y vagina (lo propiamente femenino). Estas determinantes genésicas, permean el florecimiento de una organización psíquica ligada al despertar de su feminidad, proporcionando el vínculo esencial de la identificación con la madre e implicando la caída que desemboca en el regimiento de la vagina, la zona rectora del goce femenino.

V. Del erotismo a la mujer que falta, sustrae del cuerpo, la radical existencia del ser, cuestionando la indisoluble desnudez del cuerpo, en la peligrosidad de trasnochar su naturaleza. Razón por la cual, el erotismo trasciende a la sexualidad e implica crear en el lenguaje, un manto sobre el cual bordear un camino adverso.

Así mismo, permite retornar hacia un discurso transitado por el cuerpo de la mujer, precisando un espacio que instauro y remite a franquear la mirada de los impulsos eróticos, en otra articulación que niega dar solidez a la reproductividad y promueve la entrega del cuerpo a la perversión y al gasto puro de los placeres de la carne. De tal manera que la imagen de la mujer evidencia la falta de un saber. Algo escapa a la captura.

VI. Lo sagrado puntúa un ineludible bordeo, e irrumpe algo trágico. De lo sagrado se consuma una ingeniería mística, llegando a la huella mundana de escribir en el asesinato. Hay un no-decir atormentado en la novela de la creación y de un resto especular. Se advierte lo indefinible.

Abordar la feminidad a través de su emergencia como categoría de género y como condición histórica, surge la excomuni3n que hace juicio a ese *ser mujer*, y al no-saber que en ella habita. Decir de la mujer, de la feminidad, es palabra inconclusa, de ese ser se desconoce y la palabra solo acalla el vacío ante la falta de un decir. Sin embargo, esta condici3n genérica e identitaria convocan la trama al ciframiento y desciframiento del entredicho ¿Qué es ser una mujer?, ¿Cuál es la posici3n que trasluce tras su habitar en el mundo? Y la tajante interrogante ya planteada por Freud ¿Qué quiere una mujer?

De ahí, que este escrito presenta una puesta en acto del discurrir histórico atravesado por la figura de la mujer, en tanto, su cuerpo y su anatomía están determinados por la diferencia radical del órgano sexual, apuntando a la posibilidad de problematizar un decir en torno a su ser, permeado desde la sede de una contextura que vislumbra el engranaje para poder posicionarse femenina, como una homología del ser. De acuerdo a esto, el texto hace un breve recorrido teórico situado en una dialéctica del cuerpo, atravesado por el corte anatómico y fisiológico que determinan la “condici3n histórica” de la mujer, ahondando livianamente en los bordes del discurso, un decir suspendido.

La hipótesis, se desarrolla:

Ser parte del “hecho histórico” que plantea a la posibilidad (no al género, ni a la mujer), como elemento reducido al campo de la exclusi3n, teniendo como representante mítico a Lilith, y como representante de carne hueso a Alejandra Pizarnik, Alfonsina Storni y Anais Nñn.

El objetivo, parte de la elaboraci3n de un campo de posibilidad en el que lo femenino habló.

En fin, el texto es solo un tropiezo. La oscuridad, la noche, lo abyecto, son la escritura que se articula en el extravió, en la extracción del delirio, conducción amorfa de muerte.

La conclusión, se presenta como acto inacabado.

## I. DE LA MUJER HAY UN DECIR...

*Y que es lo que vas a decir  
voy a decir solamente algo  
y que es lo que vas hacer  
voy a ocultarme en el lenguaje  
y por qué  
tengo miedo.  
Alejandra Pizarnik.<sup>1</sup>*

### *a) Del cuerpo<sup>2</sup>, a La mujer<sup>3</sup>*

Devenir materia, penetrar en la esfera del vacío, ser creación y origen de lo innombrable, lo desconocido, dar forma a esa materia danzante cuya carne ha sido confeccionada y moldeada delicadamente para ser transformada en una figura de tesitura exquisita, arrojada a la batalla de un porvenir incierto. Delineada de naturaleza inequívoca, su contextura y su transitar como habitáculo de la esfera, anuncian la materia-carne, como el receptáculo de otro, entramado en el cuerpo, construido y atravesado por el lenguaje.

---

<sup>1</sup> Alejandra Pizarnik, Poesía completa, *El infierno musical*, (s/f), p. 217

<sup>2</sup> Cuerpo, definido por el Diccionario de La Real Academia de la Lengua: **1. m.** Aquello que tiene extensión limitada, perceptible por los sentidos. **2. m.** Conjunto de sistemas orgánicos que constituyen un ser vivo. **3. m.** Tronco del cuerpo a diferencia de la cabeza y las extremidades. **4. m.** cadáver.

El cuerpo, referido a la figura humana, comprende una arquitectura *anatómica* (del latín –anatomía- y este del gr. ανατομία del verbo ‘ανατεμνειν’ cortar).

<sup>3</sup> Marcela Lagarde (2005), en: *Los cautiverios de la mujer: madresposas, mojas, putas, presas y locas*, precisa los términos *La mujer* y *Las mujeres*, no como sinónimos, ni como una pluralidad de uno con el otro, sino como categorías con significados específicos, que refieren a distintos niveles de representación. A ello sobreviene que, *La mujer* refiera al género femenino, y a su condición histórica; expresada como lo abstracto, cuyo contenido es el ser social genérico, aludiendo al grupo socio-cultural de las mujeres. Por su parte, *Las mujeres* es la categoría que expresa a las (mujeres) particulares y se ubica en la dimensión de la situación histórica de cada una; expresa el nivel real-concreto: su contenido es la existencia social de las mujeres, de todas y de cada una.

Carne-cuerpo-órgano, materia silenciada, es el lugar donde la voz emerge para hacerse sujeto y sujetarse a la existencia, que trastocada en lo imaginario, el lecho del otro, del lenguaje, atrae desbarajustes y llamaradas que ambicionan un saber que escapa a toda captura. Hay un no-saber. Sus memorias solo arañan ese saber, sus heridas y cicatrices dejan huellas que abrazan la creación de un acantilado de significantes investidos más allá de una realidad. Una unidad, un cuerpo vertido en el lenguaje, inscrito en la ficción y el teatro de la elocuente y lucida esfera. El cuerpo habla, se escinde, queda aprisionado en una imagen, es representado por sus significantes, deja de existir, da comienzo a la voraz obra.

Ese cálido bosquejo del cuerpo, es atemorizado, su existencia se crea a través de una profunda y oscura brecha que lo arroja al paraíso, para hi condenarlo al olvido, a su muerte. El cuerpo cae, su existencia persiste, ronda la estética de su figura, el lenguaje hace empuje a ese ser. El cuerpo ha sido transgredido, ese resquebrajamiento denuncia un saber negado a su creación y articulado a través de una falta y de la expulsión, advierte una herida sostenida en el deseo de ser ese *no-ser* en falta, a una puesta del aniquilamiento de la falta para ser el otro absoluto.

Cuerpo y órgano, particularidades que marcan trazo a la escritura y revuelo a la historia de los cuerpos sin voz, derramando su configuración en el enigma que los habita, los fracciona y posiciona fijamente en cuerpos cuyo deber ser es indescifrable. El paradigma persiste, la historia postula ese origen de los cuerpos son afamados nombre: Adán y Eva. La existencia del cuerpo se cristaliza en materia, y condena el no-saber de los cuerpos en falta.

Adán y Eva, cuerpos habituados y vivificados eternamente pugnan la leyenda mitológica, y en una apuesta por dar solidez a ese origen de los cuerpos, se postula una doble versión que promueve aclamadas enunciaciones bíblicas sobre la magnífica creación del ser. En la primera, Dios crea un macho y otra hembra, dos seres humanos distintos, que surgen al mismo tiempo con los mismos derechos, y ambos a imagen y semejanza de Dios; en la segunda, Yahvé Dios hizo caer en un profundo sueño sobre el hombre, y le quito una de las

costillas, rellenando el vacío con carne, de la costilla que tomo del hombre formo a la mujer y la llevo ante el hombre y éste exclamo “esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne, (...) su nombre es Isaah, varona que viene de IS, que significa al hombre, al varón.”<sup>4</sup>

Han sido nombrados, macho y hembra, *hombre y mujer*, articulados en la materialidad de la carne y de un ser para el otro, se despliegan como lienzos agrietados por los efectos del lenguaje que han ido bordeando alrededor de su cuerpo un entramado de historias como parte del coste por pertenecer al mundo. La deuda persiste, hembra y macho ignoran su saber, la configuración que dio particularidad a cada uno de sus cuerpos, es acogida por la prominencia y la carencia radicada en la anatomía de sus cuerpos, en la rasgadura inicial del órgano.

Ante esta diferencia concebida a partir del modelo varón, la mujer ha sido sujeta a su genitalidad como la marca distintiva que la definirá como ser. Hombre-pene y hombre-mujer con órganos sexuales iguales a los de los hombres pero hacia dentro. De este modo, la vagina era un pene interior, los labios exteriores un prepucio, la matriz un escroto invertido y los ovarios los testículos ocultos de la mujer.<sup>5</sup> Presentando una posición única del sexo, en donde se recuerda, la mujer devenía varona.

Mujer, cuerpo encarnación del hombre, cuerpo irradiación de una subjetividad y de una trascendencia limitada a través de un discurso que plantea su ser, en el órgano. Envuelto en historias que giran en torno al cuerpo de la mujer como ese “*otro hombre*” con genitalidad invertida. Sobre ese órgano secreto del cual solo se ve la envoltura y no se deja empuñar, (...) no tiene sexo.<sup>6</sup> Su devenir mujer, anuncia la destitución de su saber, como un cuerpo para otro, como un cuerpo del discurso biológico, en tanto la nomenclatura anatómica de sus órganos se reduce a ser una versión del cuerpo masculino cuya única riqueza tiene sede

---

<sup>4</sup> Helí Morales, *En el principio fue la mujer... exiliada. En: Otra historia de la sexualidad. Ensayos psicoanalíticos*, México, Ediciones de la Noche, 2011, pp. 52-53

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>6</sup> Simone de Beauvoir, *El segundo sexo II. La experiencia vivida*, México, siglo XX, 1997, p. 19.

en la entrega de placer para el otro, en la fecundidad y en el mantenimiento de la preservación de la existencia.

Esa anatomía de los cuerpos, promueve divaneos en torno a la moldura del cuerpo de la mujer, de ese órgano empequeñecido, versión masculinizada. De ese órgano pequeño, nombrado clítoris, se dice un equivalente al pene del hombre, y a la vagina como ese otro órgano propiamente dicho y dado a la mujer, apelando a ello una naturaleza más rica, una naturaleza doble.<sup>7</sup> El cuerpo es estructurado y representado por representantes atrapados en los órganos genitales, lacerados en su ruptura originaria, puntuando radicalmente esa delicada y cruel diferencia configurada en el cuerpo de la mujer como cuerpo de otros, cuerpo inferior, en tanto, la carencia es la raíz de constantes discursos entre el hombre y la mujer.

Cuerpos materializados y creados de la misma carne, diferentes y ni siquiera asimétricos. Su condición propicia el origen de lo incierto ante lo predicho. El cuerpo de la mujer, dotado de curvaturas delineadas finamente, reclama ser un cuerpo inalterable, la “naturaleza<sup>8</sup>” que le fue conferida reclama particularidades indelebles. Su cuerpo se recrea en la imagen mística de un deber ser, supuesto a la naturaleza innata que se inscribe en su devenir y su existencia como una otra corporalidad atravesada por lo propio de su biología. De esta manera, ese origen que postula la creación desde la misma materialidad, puntúa seres discordantes en la subjetividad que los atañe, y en la escultura final que define el cuerpo., tanto del hombre, como el de la mujer.

*“esta posesión de una vida propia, aparte y secreta, este señorío de una morada interior donde no se deja circular al prójimo es una de las superioridades de la mujer sobre el hombre. En ello consiste la distinción ‘nativa’ de la mujer, ese tenue, místico resorte que pone distancia entre ella (...) y el hombre”<sup>9</sup>.*

---

<sup>7</sup> Olga Salas, “La feminidad: una revisión de la fase fálica”, en: *Un recorrido por la obra Freudiana*, Argentina, Ediciones nueva visión, 1987, p. 49.

<sup>8</sup> La naturaleza, es planteada desde el principio que a la mujer se le confiere como lo nativo a su origen anatómico y fisiológico, entendido con ello, la presencia de los órganos genitales (clítoris, vagina, útero, ovarios), ligados de manera determinante a la capacidad de menstruar, procrear, gestar, parir y amamantar.

<sup>9</sup> Olga Salas, *óp. cit.* p. 149.

La distinción entre ser hombre o mujer comienza por lo real, su cuerpo es apresado por el significante de su sexo-biología, los artificios configurados navegan en la esfera del deber ser, negando toda posibilidad de paralelismo. Cuerpo que escapa a los efectos del lenguaje, devine en palabras que jamás recuperan lo perdido, lo nombran de otro modo, ese contenido en donde las palabras resbalan, donde no hay captura, solo investiduras atadas a través de huellas imborrables, confiere y subordina el cuerpo de la mujer a ser el cuerpo-objeto del otro.

Falta, misterio, incompletud, el lenguaje irrumpe como el arrebatado de nombrar y rondar la exquisitez de su cuerpo. Los escapares que el silencio calla, son la brecha, la abertura del no saber, del no-todo. El cuerpo de la mujer no puede definirse, queda prendado de su naturaleza inequívoca, la dimensión de su falta excede la biología constitutiva de su cuerpo, su saber es enigma. El lenguaje, no alcanza, solo bordea la historia de lo entredicho e intenta decir lo no dicho, roza lo perdido.

Cuerpo de mariposa, cuerpo que se transforma: la mujer vive el mundo desde su cuerpo, para la mujer la vida se despliega en torno a un ciclo de vida profundamente corporal.<sup>10</sup> Su cuerpo es el espacio de la creación, es el cuerpo habitado por lo insoportable, su cuerpo implica portar con languidez la configuración de un cuerpo dotado de voluptuosidad, mayor carne para dar forma a sus senos, caderas engrandecidas para ser el cuerpo receptor, fuente de vida. Sus atributos y su silueta son el objeto a mirar, ha adular, y la mujer gusta de ser ese objeto de deseo.

El cuerpo de la mujer guarda secretos, la supuesta naturaleza que gobierna su cuerpo, es la anatomía que marca la diferencia en tanto hombre y mujer. Su sexo sujetado a su naturaleza biológica, se hace nombrar a través de la mirada, mapeando el cuerpo, así, el clítoris “palabra venida del griego antiguo kleitoris, que significaba tintineo o cosquilleo”<sup>11</sup> y vagina, inscriben un saber, transformando su

---

<sup>10</sup> Marcela Lagarde, *Los cautiverios de la mujer: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 200.

<sup>11</sup> Helí Morales, “Cuerpo de mujer: discursos y enigma”, *óp. cit.*, p. 19

cuerpo. La mujer, sufre cautiva de sí misma las desmesuradas heridas de su existencia, y a medida que se enaltece, su cuerpo deja destilar en la abertura de su sexo, el cálido flujo de la vida, digno representante de la mujer, ese símbolo y mancha imborrable que la persigue para hacer denuncia en su cuerpo de toda imposibilidad de negarse a sí misma mujer, designio de su anatomía, de la carencia y de su falta.

Ser mujer, encarna en el cuerpo, ser el objeto de deseo, la materia vibrante con la cual es esculpido, la lleva a ser el receptáculo de la atracción, su configuración invita al hombre, lo cautiva, y el magnetismo de su cuerpo radicado en el órgano, en el sexo que por su biología la inscribe mujer, es la herida perpetua que jamás cierra, jamás cicatriza. La mujer no busca, atrae, y el centro de su atracción es su sexo, oculto, pasivo...el mal radica en ella misma, por su naturaleza es un ser rajado, abierto.<sup>12</sup> Su mal, es la pasividad, su anatomía expresada por la posición de dos órganos: el clítoris análogo al pene y la vagina su órgano propiamente dado, determinan su función sexual.

Ante la carencia del pene, la vagina se convierte en el centro erótico de su cuerpo, por la intervención del hombre que la degrada, esta falta apunta al quebranto de su cuerpo, la rasgadura que atenta su cuerpo, lo atraviesa y lo trastoca, es el espacio en donde el hombre alcanza su placer, y derrama en el vacío las semillas de la existencia, la preservación.

*“Toda mujer, aun la que se da voluntariamente, es desgarrada, es chingada por el hombre”.*<sup>13</sup>

Abrir su sexo, penetrarlo, está en relación al ocultismo de su erotismo, no existe clítoris, solo vientre para procrear, entregar a lo divino y entregar al placer del otro. En la rasgadura de su sexo, porta un doble desgarró al ser penetrada y al expulsar de su cuerpo ese otro ser. Ese vacío que actúa como espacio para la creación, es el espacio del misterio, medio por el cual el cuerpo del hombre accede a la mujer, la “posee”. Hablar de la mujer también devela una naturaleza

---

<sup>12</sup> Octavio Paz, *El laberinto de la soledad, Posdata. Vuelta al laberinto de la soledad*, México, Fondo de cultura económica, 2004, p. 41.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 87.

virtuosa, dotada de un don por la creación, es cuerpo gestor de otros cuerpos, su insondable ser es tierra fértil, para el sembrar de la vida. El silencio de su cuerpo, resguarda la voz articulada en el tenue movimiento de su cuerpo, en el roce puro y respirar profundo, que abre una brecha al no-todo. Cuerpo entregado a brindar la calidez de la existencia, se sumerge en la profanación de ser deseo, de albergar lo desconocido y de anudar la inscripción del cuerpo en el místico lazo de la erotización del cuerpo, pérdida de lo real.

Territorio de lo rechazado, su cuerpo intransferible de tesitura inerte, apunta su devenir objeto como ese incompleto fallido, en su devenir deviene pasiva, dócil, y es considerada por ello instrumento, objeto del deseo para el hombre. Instaure sobre su investidura corporal y sobre su lienzo inscripciones y emblemas, que al nombrar su órgano, se diluye, se mutila, se transgrede, y en el arrebató de su cuerpo cobra vida en tanto la cultura le otorga, la asignación de una historia trazada en el advenimiento de un determinismo capturado en el deber ser para el otro, en tanto su sexo, puntúa la hipócrita diferencia de su género.

El sexo por definición, pasa por género, en tanto el lenguaje y el hermetismo con que se trasmite y construye a través de su historia friccionan y exigen nombrar los cuerpos en deber ser, de acuerdo a su contextura natural. La biología es su destino, y el género se construye por una razón biológica, que busca fijarlos en un estatuó. La letra actúa en doble sentido: protege a quien la escribe pero también al ser nombrados actúa por contagio.<sup>14</sup> Las palabras remiten a un modo de transmitir, pero las palabras no alcanzan ese saber, la imposibilidad de articular el cuerpo, señala la existencia de un no saber.

Anatomía no es destino, sino camino a destinar.<sup>15</sup> La mujer desde siempre y para ello está preparada biológicamente. Es el espacio de la creación, su sentir significa estar implicada en algo, y la mujer porta en su cuerpo lo intolerable del mundo, es el soporte. El cuerpo de la mujer alberga el no-saber, constituye un talante en la existencia, se le confiere el espacio del deber y sujeta al control sobre

---

<sup>14</sup> Esther Cohen, *Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el renacimiento*, México, Taurus, 2003, p. 25

<sup>15</sup> Helí Morales, "Una historia extraña: Las escrituras de la sexuación", *óp. Cit.*, p. 203.

su cuerpo se hace cautiva de sí misma, exterioriza la pasividad, pero también afirma su sensualidad, se hace objeto de deseo. El dolor que en su cuerpo habita es un elemento que inferioriza a las mujeres y las ubica en el umbral de la locura.

Aceptarse como mujer es renunciar a sí misma y mutilarse, y si la renuncia es tentadora, la mutilación es odiosa.<sup>16</sup> En la subjetividad de las mujeres se mezclan elementos y formas de pensamiento, esta confrontación con su cuerpo confiere un particular carácter de desorganización a su concepción del mundo, con ese desorden las mujeres se conducen por la vida creyendo que le innatez de su cuerpo le confiere una identidad ligada a la procreación, y por fuerza de este ideal es conceptuada a partir de su naturaleza, vehículo que la conduce a ser borrada, para ser articulada por su sexo, que es la sustancia, la ilusión permanente y fundacional que permea el hablaje de un discurso místico.

De ese ser hombre-ser mujer, surge el género, género que de acuerdo con Butler<sup>17</sup> emerge como la forma rígida de la sexualización de la desigualdad entre el hombre y la mujer. que ha sido consolidado a través de la historia, en un devenir de creencias culturales y religiosas, de un ser modificado a través del tiempo, pero siempre presente en historia, bajo el mismo influjo de un cuerpo materializado en carne y diferenciado en una anatomía y biología trazada en el órgano, como la huella imborrable de la diferencia.

Señalando el género como esa palabra que designa esa diferencia fundamentada en una jerarquía sexual, se posiciona a la mujer como ese ser cuyas funciones innatas, como la procreación y la maternidad son parte de la naturaleza que nos fue proscrita, y que ha dado sustento a la construcción de una historia que de identidad a la mujer y a su posición femenina, definida por su sexualidad. Si la mujer se encuentra determinada por lo natural que su cuerpo le proscribiera, su historia es la historia de su cuerpo, pero de un cuerpo del cual no es dueña, porque solo existe como objeto de otros, o en función de otros, y en torno

---

<sup>16</sup> Simone de Beauvoir, *El segundo sexo II. La experiencia vivida*, México, Siglo XX, 1989, p. 40.

<sup>17</sup> Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós 2007, p. 14.

al cual se centra una vida que es la historia de una expropiación.<sup>18</sup> Con ello quedaría por sentado que el derecho del cuerpo femenino le confiere al hombre, cuya sexualidad estaría normativizada a la producción de placer y la reproducción del ser, ejerciendo con ello un régimen subordinado al poder y depurado en la censura del cuerpo.

Bajo esta propuesta de identidad femenina en relación al cuerpo y reducida a su sexualidad, lo particular y natural del cuerpo, apuntan a pensar y problematizar la posición femenina, como el punto quiebre que hace de esa desigualdad de género, el no-todo de la mujer y el hombre, un no-todo para la existencia de la mujer, en miras hacia otro lugar, un lugar que no ataña a la sociedad masculinista y que no solo haga referencia a un ser diferente en cuerpo, sino a un saber diferente en cuerpo, desconocido e incierto, enigmático e infinito.

*b) De la creación mujer... hay un decir*

Feminidad ya no parece ser una noción estable, su significado es tan problemático y vago como el de mujer<sup>19</sup>. Decir mujer, decir feminidad, son palabras que expresan misterio y nos llevan a pensar y cuestionar los tejidos de su posición. Hablar de la mujer inscribe lo indescifrable, tanto como su feminidad, incita a indagar en lo más recóndito de su ser ese largo trayecto de aconteceres que han dado cabida a concebir ese cuerpo materializado en carne, como uno de los espacios que ha sido objeto de regulación y control a través de prácticas y de discursos específicos, que se rigen en torno a un disciplinario que muestra a la feminidad, situada en una normativa ejercida en la diferencia del cuerpo, que va de un deber ser o no ser, hasta la configuración de una identidad que defina esa feminidad de la mujer.

La mujer es natural, en tanto hay menstruación, procreación, amamantación, menopausia. Se es un hecho natural, en tanto la anatomía de su

---

<sup>18</sup> Basaglia, en: Marcela Lagarde, óp. Cit., p. 25.

<sup>19</sup> Simone de Beauvoir, en: Judith Butler, óp. Cit., p. 38.

cuerpo habla de ser el objeto destinado a la reproducción, y el bordeado de su cuerpo invita a hacerse desear. Su naturaleza configura el mapeo de su existencia, el silencio que la acalla y la habita posee sin saberes, no hay lugar para un cuerpo natural rasgado de símbolos y significantes que la instauran en ser el cuerpo del otro. Beauvoir<sup>20</sup> sostiene que una “*llega a ser*” mujer, pero siempre bajo la obligación cultural de hacerlo, y es evidente que esa obligación no la crea el “sexo”. El cuerpo singularmente plantea ya desde sí mismo la maniobra de una abdicación condenada por la insondable pérdida de un decir, a partir de una construcción cultural para definir y representar bajo un discurso el aniquilamiento de ser el cuerpo receptor del otro.

La mujer es representada por el lenguaje del hombre, se posiciona en relación al saber que el hombre le atañe, la mujer es supeditada a una condición austera, puesto que el hombre habla de un saber que no sabe, habla por efecto del lenguaje de acuerdo a una postura por demás discordante que ha sido constructo de una cultura de la mujer naturaleza, mujer del hombre.

*“Entre la mujer y nosotros se interpone un fantasma: el de su imagen, el de la imagen que nosotros hacemos de ella, con la que ella se reviste. Ni siquiera podemos tocarla como carne que se ignora a sí misma, pues entre nosotros y ella se desliza esa visión, dócil y servil de un cuerpo que se entrega. Y a la mujer le ocurre lo mismo, no se siente ni se concibe sino como objeto, como otro”<sup>21</sup>.*

Se es mujer a través de la articulación de la imagen que se hace de ella, e imaginar una identidad femenina sólida sin el sexo biológico, pone en entre dicho su naturalidad, quebranta su ser. “Su feminidad jamás se expresa, porque se manifiesta a través de formas inventadas por el hombre. La mujer vive presa en la imagen que la sociedad masculina le impone, por lo tanto solo puede elegir rompiendo consigo misma”<sup>22</sup>. La mujer es establecida como un sujeto cuya estructura representativa se vivencia políticamente, en cómo debería ser la

---

<sup>20</sup> *Ibíd.* p. 57

<sup>21</sup> Octavio Paz, óp. Cit., p. 214.

<sup>22</sup> *Ibíd.* p. 214-215.

categoría de la mujer. Esta singularidad del ser, se transforma en una interpelación, en conciencia interrogante.

*“La categoría de las mujeres representadas de manera “precisa” en el lenguaje, es un término problemático, un lugar de refutación, un motivo de angustia. El sexo femenino se limita a su cuerpo, existe cierta identidad entendida como las mujeres, pero que es lo verdadero en la categoría de las mujeres, ¿Cuál es su ideal?”<sup>23</sup>.*

La rotulación del cuerpo designa un papel determinado anatómicamente, señala un camino atravesado por una discursiva cultural emisora de una historia circunscrita en creencias y estereotipos trazados en una feminidad constituida por su naturaleza. Se enuncia: la distinción sexo/género muestra una discontinuidad radical entre cuerpos sexuados y géneros culturalmente contruidos, el género no es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza; el género también es el medio discursivo/cultural a través del cual la “naturaleza sexuada” o “un sexo natural” se forma y establece como “pre-discursivo”.<sup>24</sup> La mujer, no solo es mujer por la hendidura de su sexo y el hecho de la existencia del órgano como la diferencia, tampoco lo es por el solo hecho de considerar que la reproducción y procreación son cualidades de su ser natural.

Hay una apuesta para hacer trazo a esa diferencia inconmensurable que se origina en la biología, ser mujer y por lo tanto, devenir femenina, se coloca como lo intratable, como ese borde que no tramita y por tal no hay manera de decirla toda. Su cuerpo solo la define a través del otro, donde el ojo enceguece ante la presencia de lo “real”. Su enigma y subjetividad son el silencio que la esconde tras una máscara de investiduras exclusivas de cumplir con prototipos estipulados para servir al mundo, al hombre. Se es mujer en tanto los efectos del lenguaje construyen la categoría del sexo, en género, a través de la contextura material y del órgano anatómico. De esta objetivación, trasciende una subjetividad que desplaza no solo ser mujer apresada en las partes sexuales, sino que se desprende a través un eje social de la posición femenina.

---

<sup>23</sup> Judith Butler, óp. Cit., p. 49

<sup>24</sup> *Ibíd.* p. 55.

La historia de la mujer constituye un desconocimiento, devela una dependencia gobernada por la esencia de su devenir natural, es acogida históricamente a través de una marca que instituye su existir, estableciendo ser el cuerpo que discurre entre significantes que legitiman el cuerpo de la mujer como el espacio reducido a la reproducción. El discurso mismo es un acto corporal con consecuencias lingüísticas específicas, así, el discurso no es exclusivo ni de la presentación corpórea ni del lenguaje, y su condición de palabra y obra es ciertamente ambigua<sup>25</sup>. Es una actuación cultural preformada a partir de un constructo exasperado en la contigüidad de un ser.

La obligatoriedad de cumplir lo que el órgano demanda de la anatomía en tanto el cuerpo se manifiesta como un medio pasivo sobre el cual se circunscriben los significados culturales o como el instrumento mediante el cual una voluntad apropiadora e interpretativa establece un significado cultural para sí mismo, pone énfasis en la extensión de la legitimidad con la que han sido vistos los cuerpos como falsos, irreales e ininteligibles, expresando en su discurso un acto corporal con consecuencias lingüísticas específicas, de un deber ser y un saber instaurado. Así, el discurso no exclusivo ni de la presentación corpórea ni del lenguaje, detenta teorizaciones en torno a la historia del cuerpo, advirtiendo el mal-decir y la problematización de la dimensión enigmática de la mujer, bajo su condición de palabra imposibilitada de decirlo todo.

---

<sup>25</sup> *Ibíd.* p. 31

## II. LO FEMENINO Y LA POESIA

*Una vibración de los cimientos, un trepidar de los fundamentos, drenan  
y barrenan, y he sabido donde se aposenta aquello tan otro que es yo,  
que espera que me calle para tomar posesión de mí y drenar y barrenar  
los cimientos, los fundamentos, aquello que me es adverso desde mí,  
conspira, toma posesión de mi terreno baldío,  
no, he de hacer algo,  
no, no he de hacer nada  
algo en mí no se abandona a la cascada de las cenizas que me arrastra  
dentro de mí con ella que es yo, conmigo que soy ella y que soy yo,  
indeciblemente distinta de ella.  
Pizarnik.<sup>1</sup>*

Cuerpo desgarrado, un no-saber apunta hacia un saber que desnude la sustancia que lo habita. El tintero con el que es escrito cada trazo de su cuerpo yace en el vacío, la ligereza de la pluma que trastoca y solo araña, en un intento por hacer discurso de su cuerpo, halla en la poesía el fuego y las llamas donde nacen los sentidos para desprenderse en un lenguaje nunca consumado.

La palabra, en tanto poesía del cuerpo, arranca de la mujer ese trozo de lo indefinible. Su creación, es la fabulación que devela líneas punteadas que escapan al apresar de la escritura. Cada trazo adviene como vaguedad de la locura e intenta articular sobre el cuerpo de la mujer, ese femenino-poesía en una voz, en un silencio. Y en un intento por precisar lo femenino desde el simbolismo que en su cuerpo habita, se halla toda imposibilidad de anclaje a lo definido.

Freud<sup>2</sup> puntúa:

---

<sup>1</sup> Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, (s/f), p. 218.

<sup>2</sup> Sigmund Freud, "La feminidad (1933 [1932])", *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, 33<sup>a</sup> conferencia., Argentina, Amorrortu, 1991, p. 125.

*“Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieren a sus propias experiencias de vida, o diríjense a los poetas, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada”.*

Esperar la voz de la feminidad, la escritura de lo imaginario, el habla del cuerpo destrozado, despedazado. La falta nos devora, el aniquilamiento de las dimensiones de su cuerpo es la tentación y el deseo. Las escrituras que abrazan satíricamente el cuerpo callado por finas líneas que atraviesan ese cuerpo sexuado, rotulan los cuerpos-avatares, sobre los escondrijos del lenguaje, y, en ese primer nombrar, nombrar de la falta, está el hachazo para poder poetizar desde las sombras que habitan el cuerpo, buscando la expresión de la feminidad desde su existencia como el cuerpo-carne atrapado y desprendido de su enigma, al engaño de una realidad sometida a la contextura de su anatomía.

Cuerpo puntuado e inscrito por la sexuación de carne inacabada, su saber es vértice de una naturaleza que escinde toda subjetividad en objetividad. El ahogamiento de su cuerpo apresado en tanto órgano, atesta a la feminidad un discurso cultural que escapa a las voces de una edificación fantasmática. Su fragilidad y separación yergue el cuerpo de la mujer detonando un locución que anuda toda problemática femenina, puesto que hay un punto en que nace mujer por su genitalidad, y, así mismo, se hace mujer por la apropiación simbólica de asumir su posición femenina inscrita en el discurso de su significante órgano. Bajo esta idea, una cosa es quedarse en el razonamiento de la diferencia sexual anatómica, en como la recorre la pulsión y de qué forma está determinada una mujer, y otra es el registro de la apropiación simbólica y de qué manera se posiciona su feminidad<sup>3</sup>.

Esa carne, allanada de perfeccionismo y oculta a su mirar, anuncia en cada resonar de su cuerpo un no saber. Pero un no-saber desierto, es el hoyo negro del vacío, el extravió del lenguaje. Cincelada en su anatomía (ovarios, útero, vagina, clítoris), designa y encapsula esta forma de mujer en su sexo, sexo escondido e

---

<sup>3</sup> Mariel Alderete de Weskamp, *Lo entrañable. De la posición femenina y el fin de análisis*, Argentina, Editorial Escuela Freudiana de Buenos Aires, 2003, p. 67.

íntimamente ligado a su sexualidad, como el nodal de su posición femenina que desconoce su saber. Su sexo secuestra el cuerpo:

*“lo femenino se despliega como el punto de posicionamiento al que se llega o a lo que se puede llegar en un determinado momento, no como un final, sino como un punto de posicionamiento... así esta forma de cuerpo de mujer dice más, repleta de un ser que no puede saberse y algo verdadero demuestra”.<sup>4</sup>*

Lo femenino funda el lenguaje de lo silenciado, es la brecha al contorsionismo de la poesía. Es la escritura que yace al sonambulismo del lenguaje, único “rescate” al hundimiento del encanto, a la libertad de la creación, al verso de lo imaginario, un naufragio que atraviesa inquietantes caudales, todo un desenfreno y un desbocado de palabras. Esa peligrosidad es la que acecha la envoltura de su cuerpo, cuyas formas actúan vacilantes ante un cuerpo que devela y revela un universo frágil ante la presencia de lo orgánico, situando la disimetría de su cuerpo como ese otro cuerpo trazado por lo distinto, cuya raíz de su sensibilidad, devienen en otredad, el otro “castrado” que implica la esencia de una alteridad incierta.

Así “La mujer es contradictoriamente dos veces modelo, se le alaba y condena al mismo tiempo. . . (primero), como escritura,. . . pero en cuanto que no cree, ella misma, en la verdad. . . es nuevamente el modelo, esta vez buen modelo, o mejor aún mal modelo en tanto que buen modelo: ella representa la simulación, el adorno, la mentira, el arte, la filosofía artística. . .”<sup>5</sup>. Su tejido aparece como lo representable, es la trama de la imagen bordeada por los significantes de la carne, de lo nativo.

Mujer inscrita desde los bordes de su cuerpo, en cada pliegue de su carne se cuela ese rastro de silencio pasmado, perdido en la mirada de una luminosa lluvia de trazos. Las palabras que rondan la escritura devienen en ardientes pasiones excedidas de pulsantes letras que reflejan en cada destello la irradiación

---

<sup>4</sup> *ibíd.* p. 55

<sup>5</sup> Gayatri Chakravorty, “El desplazamiento y el discurso de la mujer”, Debate feminista, 1994, p. 153.

que en la mujer habita. Su calor danza poéticamente sobre líneas que desbordan tras la voluptuosidad de su cuerpo un lenguaje que refleje el exceder de la locura silenciada en ávidas cenizas.

La ardiente llama que circunda el paisaje, se posesiona del desnudo habitar que se sumerge en este cuerpo vacío. La ruptura del cuerpo, se vislumbra a la voz del cuerpo hablante; se humaniza por un lenguaje que responde a la fiera inquietante de la materia, se paraliza, y su decir rebota al discurso que pugna el cuerpo en objeto del otro. No hay saber, algo se esconde, y algo emerge de las sombras, del refugio de la noche, se engendra y deviene bajo ese otro que no es, que posibilita ser el espía de los espectros.

Tras la voz del silencio acaece la palabra, su decir, es un decir al viento, el sopro de cada verso que se eleva al balbuceo de la lengua para aclamar en una voz fingida y sin escrúpulos; la mentira, la verdad, el saber, la nada, el todo de pequeñas trivialidades vertidas sobre el suave ocaso de la lengua que juega en la mirada, que se posiciona en el deseo, en el desbordamiento de impulsos que convoca al unísono, el eco inacabado de la figura mítica, creación artificiosamente condenada a circular por el umbral en el que se evapora lucidamente cada huella imborrable e inevitable de su ser real al tacto, e inexistente al muro de un figura que corrompe su voz, por las voces que no son la suya y que la sofocan, con el acoso de la mirada.

La mujer no solo es un instrumento de conocimiento, sino el conocimiento mismo<sup>6</sup>. Y acercarse a la ferocidad de la palabra y verter puñados de letras sobre la delicia de la poesía, desde el imaginario que desprende misticismo a la insaciable sed del lenguaje, es traspasar el muro entre lo palpable y lo impalpable. Ese habitar vacío que escapa a la poesía, es la sombra etérea del reflejo que se desvanece en cada intento por nombrar al femenino desgarrado. El ojo, el único capaz de conocer y gozar la belleza divina en su absoluta virtud, ahora ese mismo

---

<sup>6</sup> Octavio Paz, *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta al laberinto de la soledad*, México, Fondo de cultura económica, 2004, p. 73.

ojo puede convertirse en la fuente primaria de la enfermedad amorosa, el vehículo del contagio<sup>7</sup>

Ondeante en el abismo, la mujer deambula enmascarada por los andares de la oscuridad, atraída en contra de ser el sujeto-objeto de sí misma, mujer-feminidad, toda ella, toda nada. Las voces silenciosas de la poesía de su cuerpo hacen explosión en el habitáculo de su carne. El paralelismo que habita su cuerpo, es la habitación desmesurada de la letra que merodea, aniquila y se desvanece sobre el estrepitante sonido de las voces, que murmuran la sutil belleza y entrañable figura de su cuerpo. Cuerpo que inscribe la imagen trastocada de la imagen creada, materialidad oscura, grisácea, configura su cuerpo, habitación de los vacíos, territorio de infinitas formas.

De los ojos la noche oscura refleja la sombra gris, de la voz el silencio carcome las entrañas, la lengua vierte sobre lienzos puro desecho. No puede seguir, el vacío frena las palabras y, el decir, es el decir de las voces tintineantes, que sofocadas se reanudan al vacío del cuerpo. Ser la voz de la rebeldía, el sigilo del miedo, embellecer la existencia, no es más que la creación de las miradas, miradas reflejas en un retorno al espejo del otro.

Las palabras palpitan y susurran, la mujer es admirada por el vestir de su carne que recubre el blanco sobrio de sus huesos, su cuerpo es el continente de los placeres, mar de goce. Cuerpo atravesado por la sexualidad/muerte, cuerpo sexuado en su relación con el deseo del otro y sacudido por el goce<sup>8</sup>. Su cuerpo es el territorio que desafía la existencia de lo real, lo simbólico y lo imaginario, su lenguaje es el discurso de la historia, y de otra historia que es hablada por otras voces, de otra historia que escapa a las palabras. Para la mujer, no hay historia, su cuerpo es indescifrable e insaciable a la exclusividad de la sustancia que la habita, es cifrada de saberes irreales, es la imposibilidad de saberse a sí misma, es el olvido de sí.

---

<sup>7</sup> Esther Cohen, *Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el renacimiento*, México, Taurus, 2003, p. 88.

<sup>8</sup> Helí Morales, "Una historia extraña: las escrituras de la sexuación", *En: Otra historia de la sexualidad. Ensayos psicoanalíticos*, Ediciones de la Noche, México, 2011, p. 173.

Lo femenino, despliega bríos salvajes que aparecen resaltados en la imagen de las formas que se delinearán a través de carne moldeada como lo que posee el cuerpo femenino: los pechos, la cadera, las piernas, voluminosidad en el cuerpo ligado al deseo, cuerpo que quema y arde, cuerpo que intenta desbordar en el lenguaje la voz de la poesía como ese transitar que detiene el tiempo, y el tiempo es la voz que perpetua lo infranqueable, es la voz que escribe en la profundidad del otro, que es la oscuridad de la demencia.

En el hilar de los sentidos, que uno a uno roza cada parte de su cuerpo bajo la llama del silencio, intenta poseer el enigma que en ella habita. Cada pliegue de su piel desprende la esencia y la calidez de la orfandad. Las ondulaciones de las voces que habitan su cuerpo, devienen desbordadas de un saber que no puede saberse, pues en ella habita la alteridad fundamental de la extracción de un discurso poético, que atrae a la sinuosidad de la mujer en un viciado de incontenibles voces apagadas, permanentes en la niebla que se disipa en olvido. El arte de ser mujer es todo un laberinto, un aprieto.

Es un roce puro con el saber y esta forma de mujer dice más de lo que sabe, toda ella repleta de un saber que no puede saberse expresa el asesinato de la perfección del cuerpo, su belleza es un signo publicitario. Cuerpo marchito y lacerado, la belleza que funda su cuerpo de cristal, no soporta el mar de fuego que la quema, día a día, noche a noche. No hay soporte. La mujer se expresa: en la medida que la forma del cuerpo se presenta como la envoltura de todos los fantasmas posibles del deseo humano, es en la medida en que en esta forma – entiendo forma exterior- del cuerpo, esta forzosamente envuelta de todo aquello que, de las flores del deseo puede ser contenido en un cierto vaso del cual tratamos de fijar las paredes; es en la medida en que ella es , para decirlo todo, que ella ha sido, pues no es más forma divina que la forma humana puede, (...) sernos presentada como el ideal, como el límite de las posibilidades de lo bello.<sup>9</sup>

Tan complicado como hablar de sí misma, esta forma de alienación, nace con la escisión de su cuerpo, oposiciones y negaciones, trazan la frontera del

---

<sup>9</sup> Jacques Lacan, En: Mariel Alderete de Weskamp, óp. Cit., p. 65.

enigma, el sentimiento de estar ausente... nos desaloja, no hay vida, ni hay voces, solo silencio que ahoga cada parte del cuerpo, que irrumpe con cada límite invisible e irrevocable. Se pierde en vacío, su cuerpo se transforma en una y mil maneras. Esta forma de mujer bordeada, es una mascarada de pasiones ensombrecidas, es su esclavitud.

El cuerpo de la mujer sometida a la fuerza maléfica del diablo, se convierte así en un espectáculo, un teatro donde ver, representa la parte oscura de una sociedad, o para ser justos de una parte de una sociedad que se niega a ver ese lado de sí misma, sino es como eso, como pura representación.<sup>10</sup> El imaginario abre dimensiones, desfiladeros donde la mujer es el sigilo de una habitación permanente, se eterniza inmóvil, su cuerpo muerto navega en la profundidad del delirio, vaivén de decires, musicalizan la invisibilidad de su esencia.

En busca de la perfección, su cuerpo triturado por la metamorfosis de la belleza, escandalizan. La perfección invade, el espejo es el frenesí de lo intolerante, lo bello... ¿Qué es lo bello? - es la fantasía que se gesta en la falta, una relación vacilante con la ausencia -. El simple cuerpo como materialidad carnívora, maravilla la ilusión de lo real, la hace soportable. La voluptuosidad del cuerpo se mueve fielmente al danzante frío de la niebla que la enceguece, no hay vereda, solo camina, vacilante, nunca deja de ser ella misma, oculta escondida ante sí, ante sí se desconoce.

Estándares elevados a ser el cuerpo del deseo, petrifican su ausencia, crea y se recrea a sí misma, se deja envolver por el manto sagrado que la cubre apasionada y aprisionada en la escritura de lo fragmentado. Recitan sobre su cuerpo líneas musicales, vibrantes sonidos electrifican cada borde de su piel aterciopelada. Es la encrucijada del lenguaje, la que bordea su cuerpo, cae entrelazada por la vida y la muerte, vertiente de lo irascible, lo profano, cuerpo-carne. Lo femenino de la mujer configurado en su cuerpo frágil, transita por el feroz viraje del titubeo, hacerse cuerpo significa, abrirse vuelo al salvaje ocaso de la ausencia.

---

<sup>10</sup> Esther Cohen, óp. cit., p. 31.

Lo femenino, es un discurso problemático, la negación a la escritura burbujea sobre la oscilación de la incesante agua, invade una tranquilidad, pasividad, la escritura no alcanza, solo puntea, lo que habita, atrapa, encierra, es un pesar y pensar, el habitáculo del cuerpo mira al mundo y sus reflejos penetran, no hay vida, solo muerte, el silencio grita. La escritura en tanto escrita, muere, pierde el miedo y se transforma, nunca encuentra el mismo rostro, hasta que la voz cesa, y el silencio retorna y retumba con su voz, no hay verdad, la verdad no existe. Escribir con el mutismo de la voz, es solo el espejismo del silencio, el retrato de la desnudez.

La máscara benevolente, atenta, desierta que sustituye a la movilidad dramática del rostro humano, y la sonrisa que la fija casi dolorosamente, muestran hasta qué punto la intimidad puede ser devastada por la árida victoria de los principios sobre los instintos.<sup>11</sup> Actuación, máscaras, maquina e instintos inherentes en la mujer contraponen su ser con la irracionalidad. Las mujeres, la mujer, todas y ni una a la vez, su silencio va de un lugar a ese otro, sin embargo, no hay lugar, no hay posicionamiento, la imposibilidad de lo absoluto, de saberse ser, ese otro, que no sabe que es. Escrituras al viento, territorio de lo desconocido, indaga saber, vacío hablante, falta...ésta en falta, la palabra se evapora sobre el acaudalado sonido.

Terror, angustia, las palabras desbordantes chorrean, atrapan, enmudecen, silencian, inenabables. La perfección de la atracción hacia sí misma, encanta, vacila, sucumbe palpitantemente la mirada. La mirada, el reflejo de lo imaginario, incita al placer, es placer puro, le divierte, gusta de ser admirada y mirada, seduce con su cuerpo, danza entre un nudo borromeo.

La posición femenina es una cosa de mujeres y se transmite de generación en generación. ¿Qué se transmite? Un lugar vacío.<sup>12</sup> Su dimensión está posicionada en su cuerpo, es toda completud marchita. Su poesía... es el poema de su muerte, a la sombra del silencio y de la voz cautiva.

---

<sup>11</sup> Octavio Paz, óp. cit., p. 28.

<sup>12</sup> Mariel Alderete de Weskamp, óp. cit., p. 81

### III. LO FEMENINO Y LA EXISTENCIA

*Conozco la gama de los miedos y ese comenzar a cantar despacito en el desfiladero que reconduce hacia mi desconocida que soy, mi emigrante de sí.*

*Pizarnik.<sup>1</sup>*

Hay una interrogante a plantearse ¿Qué es ser mujer?, Y Simone de Beauvoir presenta de manera feroz en su libro *El segundo sexo*, la piedra angular de un discurso que se cimbra y se esboza en la mujer, representándola con una hermética voz en la ya famosa frase: “no se nace mujer, llega una a serlo”<sup>2</sup>. Conducción de un encuentro que traspasa a la mujer y su feminidad, desde esa posición que la degrada a ser el sujeto en falta o el otro castrado, diferencia que escinde inconmensurablemente el cuerpo de la mujer en un nacer mujer y posicionarse femenina.

Al iniciar una escritura entorno a la mujer, se halla un freno y un tropiezo. En torno a su existencia, se despliega un juego de terminologías en relación a su posición, designándola desde su condición y constitución biológica *mujer*, anteponiendo en ella una feminidad secreta, misteriosa e indecible, y que, no-toda se encarna en esa mujer/femenina, puesto que el estatuto socio-cultural e histórico generador de un modelo a encarnar, alcanzar y transitar, adormece el territorio de la mujer. Su saber está perdido, y está perdida la subordina a un saber condicionado a la naturaleza y la pasividad que habita en su cuerpo.

Esta travesía entre ser mujer-femenina, es cortante, puesto que su ser vaga tras los discursos que sean heredado de un conjunto de caracteres que la definen, y replantear, y desenredar el tejido que se ha construido alrededor de su cuerpo, es una cuestión determinante. La existencia de la mujer es una cuestión indefinible desde la subjetividad habitada en su carne, hasta su feminidad como un

---

<sup>1</sup> Alejandra Pizarnik. *Poesía completa. El infierno música*, (s/f), p. 221.

<sup>2</sup> Simone de Beauvoir, *El segundo sexo II. La experiencia vivida*, México, Siglo XX, 1997, p. 15.

espacio sobre el cual trasciende, y por ende hay un punto muerto en el que su decir se encuentra apabullado por un lenguaje teñido de una masculinidad, que le es presentada como una realidad.

Escribir sobre la mujer, enfrenta la cuestión de su feminidad, y develar este cuerpo habitado enigmáticamente, florece nublado. La mujer escribe, y tras ella se disipa una sarta de cadenas abismales, de búsquedas turbadas. Sin embargo, parece factible poder hacer una escritura, y comenzar hacer un discurso de la mujer y de su feminidad, pero esa traba que se presenta al intentar desprender ese pasado tatuado en su cuerpo, en su sexo condenado a los determinantes de la pasividad, lleva a un discurso suspendido en el vacío.

Patéticamente pensar la existencia de la mujer es miserable, no se puede pensar sin el hombre, intentar hacer de ella un discurso, es tan incapturable, que excede a la palabra que nombra la existencia de un ser indefinible. Pensarla desde la pasividad parece absurdo, la mujer dice más de esa pasividad que su naturaleza le atañe, es creación pura, tan difícil de ser prendada para capturarla. Se escinde sobre su existencia un desdoble de creaciones que giran en torno a la creación de sí misma, de su feminidad, de la creación y sostenimiento de la existencia, y la creación del otro para retornar a la creación de la mujer.

Desde el momento en que nace, se plasman sobre incontenibles caracteres, formas imponentes que intentan describir como existe y trasciende la mujer, pero esta forma que se dice de mujer desde Simone de Beauvoir logra una profundidad y expresividad bravía, puesto que en su decir, el devenir de la mujer aparece bombardeado de transformaciones, de rupturas hacia sí misma, de una condena a dejarse captar como carne en falta.

La existencia de lo femenino se funda desde el significativo órgano, y desde el simbolismo de las formas. Su feminidad, es la clavija de posicionamiento que traspasa desde la apropiación simbólica del cuerpo hablante, atravesado por el otro, la condena y el destinar a asumirse como objeto, y a hacer de ella una existencia incierta y dispersa. Parece que la feminidad hace, pare, cría, teje, se

transmite casi sin palabra y no se habla... y sin embargo hay palabras, hay palabras que marcan el cuerpo, el cuerpo de una mujer.<sup>3</sup>

El ser, y el deber ser encerrado en el cuerpo de mujer, debe ser en la medida en que el cuerpo edita su existencia, a través de retrogradadas enseñanzas que van de un cuerpo a otro, de un cuerpo que existe en la medida que empieza hablar desde ese imaginario que arranca desde la niñez, la adolescencia, la adultez y la vejez, ideales de un deber ser, de un cumplir con el otro, de repetir su historia y de culminar su existencia en la maternidad, y en ello, hallar un retorno hacia la mujer, ser hija y madre. Desprenderse y quebrantar esta relación que turba su existencia, es un punto de angustia.

Infinitud de arquetipos de mujer se desmesuran por consagrar su cuerpo a la exclusividad, como parte de la exigencia y de la pertenencia por ocupar un lugar definido. La mujer dirige su feminidad en la maternidad, se es mujer en esta completud de parir un hijo. Así, la posición femenina en su dimensión más freudiana, está relacionada con el ser madre, y esto en parte es así, pero no-toda.<sup>4</sup> Su existencia a través de las formas que se dicen de mujer, es y no es.

Definida y determinada en función de lo imaginario. Que precaria y miserable<sup>5</sup> vida, es tan desdichada la vida de la mujer, sometida a la pasividad de ser receptora de las demandas que ella misma se crea a partir de una herencia que se va transmitiendo de generación en generación, de mujer a mujer. Comprometida desde el nacimiento siempre a ser objeto, a entregarse al otro, a ser el cuerpo y sostén de la vida.

El consuelo es parte de lo que nos hace ser sujetos débiles, siempre a la espera y apresadas profundamente en la naturalidad de un cuerpo alentador que refuerza toda debilidad surgida en el umbral de la existencia. El espejo que la precipita frente a frente, ante las miles de mujeres, es un abandono, deambula, y su pensamiento vaga a través del desconocimiento, se ocupa de todo el medio y

---

<sup>3</sup> Mariel Alderete de Weskamp, *Lo entrañable. De la posición femenina y el fin de análisis*, Argentina, Editorial Escuela Freudiana de Buenos Aires, 2003, p. 78.

<sup>4</sup> *ibíd.* p. 81

<sup>5</sup> Entiéndase metafóricamente *mi-ser-hablé*.

del organismo que está al acecho. Se desconoce, es pérdida total de una feminidad que busca y encuentra, su posicionamiento es lo otro, lo otro desconocido y lo fingido. La mujer, así se determina en lo unánime y programado históricamente, marcado y trazado en la disimetría del cuerpo mujer/hombre, de sujetos diferentes que desprenden modelos de actuación que esclavizan al cuerpo en una sociedad y una poli-ética.

La mujer está destinada a la inmoralidad, porque la moral consiste para ella en encarar una entidad humana, y encarar y traicionar el ideal masculino que se antepone a ella, pero así misma se traiciona, la mujer no puede, y ante ello *“hay que sostener un duro combate para que la mujer someta su finalidad a la del hombre”*<sup>6</sup>. La mujer fuerte, la mujer admirable, la mujer honesta, etc. la mujer que es sujeto-objeto para el otro, la mujer es nada y vacío en sí.

La mujer se encuentra deshabitada de sí misma, es habitada casi absolutamente por el discurso del otro, de ese otro que la succiona y le arrebatada toda esencia. Antepone al otro su existencia, no es, y su desesperación se traduce en la existencia de ella misma a través de ese otro que la unifique y la reconduzca por el camino de la mirada. Ese espejo por el cual se mira, refleja el vacío que bordea su cuerpo, se ve ella misma como una sombra borrosa, surge pasiva a la espera del otro que haga de esa incompletud una completud desdichada.

Ese otro, que formulado en la pareja emprende una comunidad cuyos miembros han perdido su autonomía sin liberarse de su soledad; se hallan aislados estéticamente el uno al otro, en vez de mantener el uno con el otro una relación dinámica y viva; por eso no pueden darse nada ni intercambiar nada, tanto en lo espiritual como en lo erótico.<sup>7</sup> Sin embargo, hay una trascendencia que se alcanza mediante el otro que la conforta, y esto es, un modo posible de ser mujer ante esas miradas que la reconocen, se buscan miradas y modelos de mujer de cómo decirse a sí misma.

---

<sup>6</sup> Lawrence, *Fantasia del inconsciente*, En: Simone de Beauvoir, óp cit., p, 228.

<sup>7</sup> *Ibíd.* p. 237.

Toda bastedad que se experimenta, es una sensación de vacío, en la medida en que no hay reconocimiento, la gravedad de esta falta, a la que en el espejo no se encuentra ya sombra alguna, se pierde oscuramente en un misterio interminable. Esta lectura que se realiza a través de Beauvoir, es tan dura y frenética, ya que, confronta el engaño y la miseria del día a día de la mujer, mujer-carne-objeto, mujer que advierte todo un choque de pensamientos, ama y repudia.

La mujer existe en tanto cuerpo, cuerpo que en cada milímetro de piel, hace historia y se construye para servir y darle una utilidad. El porvenir de una existencia a lo dividido de sí misma. Su transitar va de cuerpo en cuerpo, de una mujer a otra mujer, para repetir sin falta alguna, su devenir en el mundo. Ese cuerpo femenino retorna una cuestión prendida en el misterio que yace sobre su silueta, su sombra habla, y su silencio es el que protesta ávidamente tras ese encuentro en el espejo que la acompaña en el lecho de las formas que aparecen resaltadas en la luminosidad y voluptuosidad de su cuerpo.

En la forma de su cuerpo, se halla el núcleo de su feminidad, y esta es una de las razones que envuelven el perfeccionismo de su cuerpo, su belleza adquiere el poder de la destrucción, se destruye buscando palabras que enaltezcan y den sentido a las formas de su cuerpo sensual y delicado, y como flor aromática de finura exquisita, siempre busca la mirada del otro, de ese otro y esa otra mujer que la atraviese, y reconduzca a través de las demás mujeres, pero esa búsqueda, se vuelve peligrosa.

La mujer, es a través del hombre, se siente satisfecha en su sensualidad y su belleza capturadas por la mirada del hombre, y sin él no hay mujer, su feminidad quebrantada, sobreviene de la necesidad de mantener su lugar con cuidados de belleza e indumentaria, con la elegancia y el vestir ante una condición de juego, de lo que se quiere representar a través de los tejidos, los adornos, etc. Es todo un arte, lo que se desprende de su cuerpo para así generar el encanto, con el cual es llevada a ser adornada y ser el adorno del hombre, ser el objeto que se distingue desde la naturaleza de su cuerpo, en sus formas y en la

belleza que desprende, hacen la existencia de la mujer un ser que la lleva a posicionarse dentro de una situación social, política y económica.

Pero la mirada siempre cotidiana, no siempre logra animar su imagen y necesita que unos ojos aun llenos de misterio la descubran también a ella como un misterio<sup>8</sup>. Solo es deseable y amable si la aman y la desean, y esa aniquilación del otro, que con sus palabras ahogue el vacío, lo lleve a la alucinación de un incansable viaje sostenido en la mentira, en el disfraz que mantendrá sufragado cada dolor que se acumula dentro de un cuerpo, que se mira y se refleja en el espejo, sin hallarla, un vacío es lo que la seduce y se prenda de ella.

Es una locura y lucha por la permanencia del semblante y las formas del cuerpo, es una sentencia que nace en el yugo de la opinión tiránica que se confronta a través del hombre, y en las mujeres esa esclavitud es desdichada. Es su muerte en el seno de una vanidad, idealizada, imaginada, banal, equivoca, dispersa y encerrada en su carne, esperando a que su finalidad sea definida, apresada en un deseo que le es tan natural y ardiente.

La mujer se ha olvidado de sí misma, y entregado con devoción y sacrificio, se sentirá mucho más trastornada por la súbita revelación... con gran asombro de su entorno se produce entonces en ella un cambio radical porque, desalojada de su refugio y arrancada de sus proyectos, se encuentra bruscamente y sin ayuda enfrente de sí misma<sup>9</sup>.

Esa esclavitud a la que permanecen acorraladas con la magnífica belleza de la procreación, culmina su feminidad en la maternidad, y esta ha sido la máxima completud de la mujer. Ser el cuerpo receptor de un capullo encerrado en su cuerpo, minimizándola e imposibilitándola puede transformarse en algo aberrante, en el impedimento de vivir una sexualidad incompleta, insatisfecha, siempre al cuidado del vaciamiento de la vida. No hay sexualidad plena en la mujer.

---

<sup>8</sup> Simone Beauvoir, óp. cit., p. 319.

<sup>9</sup> *Ibíd.* p. 348.

Tan esperado, bello y soñado, en el seno de la mujer. El embarazo en sí mismo, es una pena, ante él se yuxtaponen revoluciones sobre su cuerpo, su sexualidad, su goce. Es una angustia, se le teme y se le desea, pero el embarazo es más que la simple procreación, es la ruptura con el cuerpo de la mujer, el pivote que la despersonaliza para crear otra carne, otro ser en el mismo cuerpo.

Algo desagradable se presenta frente a la mujer, y es el temor de la deformidad, el nuevo ser que fue desprendido dentro de ella, les inflige una servidumbre, puesto que reserva un derecho sobre ella, pero, ocultamente, la mujer le mira con extrañeza, como el pedazo de carne que atenta contra su libertad. La mujer atraviesa dos estados: el de la creación y el del instrumento sufriente y torturado.

Mirar la maternidad y el embarazo, se presenta no solo como el misterio y la belleza, sino que también, se muestra como algo verdaderamente aberrante, la violencia que sufre el cuerpo al ser arrogado desde adentro de su ser, un ser que promueve un momento de suma inestabilidad, el cuerpo se transforma, se altera. Se vive por otro cuerpo que más tarde será expulsado para hacer reconocer la vida de la mujer, en torno a él, a sus cuidados, al olvido de la existencia de la mujer para dar existencia ese otro, es otro-hombre, o esa otra-mujer que encarnará, repetirá y reencarnará gozosamente el papel que le ha sido otorgado desde su sexo, hasta marchitarse y maldecir el cautiverio en el que vive.

La mujer es hinchada por un ser..., es más, es hinchada por dos sujetos: el hombre que irrumpió en su sexo; y la carne que crece dentro de su cuerpo. Desdicha. El hombre la ha hecho madre. Es el ser proclive de la especie, sobre la mujer recae ser el soporte de la sociedad, y su soporte.

Hay un recomenzar a vivir en lo olvidado. El mundo de la realidad devora a la mujer con sus insinuantes cambios, con el ideal e imaginario de lo que es y debería ser, en suelos fluye, se crea y recrea, pero al mismo tiempo es ahí donde se roe todo ese cuerpo que de lo real solo es la ilusión.

El encuentro con el espejo es el vacío, lo que observa es la nada. Y aprender que no se puede llenar el vacío a través de las voces y los silencios del

otro, son la imposibilidad de reconducir la voz y el silencio, son la vastedad del ser que es y no es, que a través de la mirada tiembla ante la pérdida, de un ser que se dice y se maldice.

La escritura es la destrucción de toda voz, de todo origen que se anuda en la palabra y en el lenguaje que se transmite y tergiversa, perdiendo así toda identidad, muriendo a cada paso que aniquila el pensamiento.

Misteriosas leyes a una enajenación impuesta.

## IV. LA SEXUALIDAD FEMENINA

*Ella se desnuda en el paraíso  
de su memoria  
ella desconoce el feroz destino  
de su visiones  
ella tiene miedo de no saber  
nombrar  
lo que no existe.  
Pizarnik.<sup>1</sup>*

*“Erase una vez una mujer, que no sabía que significaba ser mujer para el deseo de un hombre (...), deambulo denunciando la importancia de un presunto saber<sup>2</sup>”*

Hay un saber, supuesto a un no-saber, la mujer no habla, de su saber no sabe hablar, hay una parálisis que funda una escritura enigmática de la mujer. “¿Qué quiere una mujer?”<sup>3</sup> plantea Freud (...) hallando una traba que impide ir más allá de esa penumbra que encierra el cuerpo, “(...) *la mujer permanece envuelta en una oscuridad todavía impenetrable, en parte a causa de la atrofia cultural, pero en parte también por la reserva y la insinceridad convencionales de las mujeres<sup>4</sup>*”.

Develar ese misterio que habita el cuerpo de la mujer, atrae un goce que es sostenido al miserable efecto del lenguaje, que entrega el cuerpo vacío, al encuentro-desencuentro de infinitud de discursos que negativizan toda posibilidad de hacerse uno con el Otro unificarse en el cuerpo que duerme, el cuerpo que muere con la existencia de su naturaleza ferviente y desaparece subordinado en un mundo falaz. Ser mujer... es la apuesta que se entrama en cada nombrar, en

---

<sup>1</sup> Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, (s/f), p. 86.

<sup>2</sup> Glasman, S. en: Lucien Israël, *El goce de la histérica*. Buenos Aires, Argonauta, 1979, p. 7.

<sup>3</sup> Colette Soler, “¿existe el narcisismo femenino? Posición masoquista, posición femenina”, en: Graciela Brodsky, *La sexualidad femenina*, Argentina, Editorial Escuela de Orientación Lacaniana, (s/f), p. 11

<sup>4</sup> Freud. S. (1925). *Tres ensayos sobre la teoría sexual*, 1992, p, 137.

cada letra, en cada palabra, en esta escritura y discurso que aniquila el pensamiento.

Esta brecha corrosiva que recae sobre el sujeto, ese sujeto hablante que es pérdida y negación, que advierte una imposibilidad de decirlo todo, en un acallamiento que transita interminablemente en el fluir de lo abstracto y representable de sí, es el sacrificio de ser borrado a través de lazos lingüales que se entraman para dar consistencia al ser que muere y vive en la penumbra de una intimidad fantasmática que transforma a la mujer en un ser desconocido, absorbida por el defecto de la incompletud, de ser no-toda.

La mujer no ha nacido, ni ha emergido desde las sombras, su cuerpo y su anatomía son el anudamiento que articula un lenguaje fronterizo a la perteneciente alienación del mundo, en un atavío donde se consagra el desgarro de su existencia para capturarla, desde ese nacimiento misterioso que la sutura, transgrede y desfallece en el encanto de su ausentismo hacedor de sí. Existe en tanto es carne y es nombrada e introducida en la muerte de un ser extraño biológicamente, cuyos trazos escapan al ser hablante.

El cuerpo es la escritura y la destrucción de una naturaleza interminable, su posición se halla en una incógnita, la mujer es misterio, es propiamente el ser que emerge de la oscuridad. Así, la mujer es verdad, pero la verdad no toda puede decirse, faltan palabras, es no-toda, está en falta de un significante, está sometida a la realidad humana, aprisionada en los lazos simbólicos. Es un ser representable, sustraído y hendido por el sexo contrario. Ahí donde la mujer es verdad, no existe. Pero existe desde ese mismo lugar, la inexistencia.

La mujer está intermediada por lo que ella es para el Otro, como sujeto destinado de ser la causa del deseo del otro y como ser expresada desde lo indecible, lugar que habita para expresar lo que no puede decirse en tanto no hay universal que la dictamine y condense dentro de un cuerpo que escapa y aspira a lo "real", ligado a la sexuación de ser, el ser en pérdida, el ser que está en falta. Casi podría decirse que la mujer es todo un tabú y no lo es sólo en las situaciones particulares que derivan de su vida sexual -la menstruación, el embarazo, el parto,

el puerperio--, sino que aun fuera de ellas el trato con la mujer está sometido a limitaciones tan serias y profusas que tenemos todas las razones para poner en duda la supuesta libertad sexual de los salvajes.<sup>5</sup>

A la mujer le falta, y le falta hablar, no hay estructura del lenguaje en la voz de la mujer, ella calla, porque no sabe. Este silencio es la entrega de sí misma a la liquidación de su existencia, es el objeto destinatario para poder decirse toda. Pero, así mismo, aparece como lo imposible de descifrar. Ella es el paradigma de ser el ser que no es, y precisamente porque no es, se la *difama* se le mal-dice (...), la mujer llevará irremediablemente a “mal-decir”; la falta del significante del sexo de la mujer, es causa de odio que la hace simultáneamente objeto para la admiración y para la violencia difamadora<sup>6</sup>.

Doble sección es la que acompaña el cuerpo de la mujer, escisión que roe y fragmenta el cuerpo. La mujer es no-toda, la composición de un cuerpo fundado en una masa etérea cuyas protuberancias y bordes habitan a seres hablantes, cuya existencia en tanto sujetos hilados en la benevolencia y la servidumbre de su negación a efectos del lenguaje dan un dominio y tropiezo al hombre, es la muerte de una naturaleza animal.

*“Feminidad, se llega -o no- a ser hombre o mujer, pero en virtud de una constitución anatómica –anatomía no es destino- sino de los avatares de una historia con otros, de una historia en el campo del lenguaje (...) el cuerpo sexuado es anatomía capturada por un orden simbólico (...) es un cuerpo sufriente, desea y goza en franca transgresión con toda ley natural, un cuerpo atravesado por el lenguaje, la estructura que al humanizarlo también lo desnaturaliza”<sup>7</sup>.*

La pasividad se le atañe a la “pérdida” del falo, en tanto sujeto castrado. El paradigma de su vida sexual, la desdobra, la mujer es no-toda en el universo

---

<sup>5</sup> Sigmund Freud, (1918[1917]), “El tabú de la virginidad (contribuciones a la psicología del amor III)”, en: *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, Argentina, Amorrortu, 2003, p. 192.

<sup>6</sup> Daniel Gerber, “El estúpido encanto de la violencia”, en: *El psicoanálisis ante la violencia*, México, Ediciones de la noche, 2005, p. 29.

<sup>7</sup> Daniel Gerber, “La conquista del falo”, en: *De la erótica a la clínica. El sujeto en entredicho*, Buenos Aires, Editorial Lazos, 2008, p. 133.

hendido del lenguaje. La atrofia cultural de la mujer, parece asequible y oscurantista a cualquier revelación sobre el enigma que alberga su cuerpo, siendo ello razón de múltiples búsquedas y asechos a su existencia. La mujer oculta un saber, es más lo desconoce, no hay saber en tanto la mujer es cautiva de disturbios herméticos. Su sexo es la falta trazada ante el hombre cuyo significativo pene destituye a la mujer y en tanto castrada, se halla en falta, *“padece el coito”* y es la sufriente.

El despliegue de su actividad sexual es trastocado en la feminidad de la mujer, del cuerpo con prominencia y hendidura que la bordean y la desbordan. Sexualidad naufragada, taciturna, su desplegar se superpone a las vías de los órganos rectores de su cuerpo, clítoris-vagina genitalidades que advienen la contraparte del hombre. Su devenir puntualiza la inscripción de una sexualidad desconocida ya al acecho de su anatomía. Ser mujer se haya establecida en torno a su órgano sexual, zona erógena complementaria y análoga al pene.

Órganos habituados genésicamente, sujetos a ser la parte activa y pasiva, determinados en función de un comercio sexual en vía de la procreación; el espermatozoide-activo va en busca del ovulo-pasivo que espera ser fecundado. El camino que rige a la mujer se desprende entorno a un despliegue que da cuenta una conexión entre su genitalidad y la función que estos operan, en el extraño florecimiento de su feminidad.

La sexualidad de la mujer es su sexo, se habla de dos vías, la primera el clítoris; la segunda, la vagina (órgano propiamente femenino), factor determinante para despertar en la niña su desarrollo psíquico y el traslado de su zona erógena rectora clítoris equiparado al pene (madre), mudándose a la vagina propiamente femenina (padre).

Se acecha a la organización psíquica desde ese cambio de objeto y ligazón-madre-clítoris por la ligazón-padre-vagina, deviene dos vías, sobreviniendo una fuerte disposición bisexual en la mujer, el clítoris como convexo al pene, le sucumbe una masculinidad allanada en el primer objeto sexual en su ligazón-madre, y en lo tocante a esta relación, la mujer-niña se encuentra objetivada en la

masculinidad. La niña nada en las tinieblas de la anatomía genital interna, si solo conoce su clítoris y la habitual mojugatería y moral sexual de las madres no le han proporcionado ningún saber sobre su vagina, la niña concebirá que todo lo que sucede tiene asiento en lo que ve.<sup>8</sup>

Desde esta objetivación en la que la niña esta supuesta a una masculinidad, se puntea un discurso, en el que la niña desconoce su vagina, y en tanto para ella el clítoris no tenga una significación fálica, es posible denegar la supuesta masculinidad. La niña es feminizada en la identificación con su igual, la madre es su modelo, que contribuye a formar el núcleo de identidad de la niña como mujer. Lo preedípico, el vínculo con la madre, es esencial para el desarrollo de la feminidad pero no por la supuesta masculinidad que encierra, sino por todo lo contrario, por la inevitable feminización que genera<sup>9</sup>. Si hay una identificación con la madre, es en el campo de ser el sujeto igual, recayendo una investidura narcisista portadora de un Yo ideal.

El idilio de su existencia como “ser todo lo que la madre desea” y “ser el único objeto del deseo de la madre”, estructura la falta del significante falo, pero más tarde se halla un destronamiento de este lugar, “no lo es todo para la madre (no es su falo)” y “a la madre también le falta algo, ella no es todo, esta castrada (no tiene pene)”.

Este Yo ideal, objeto primario de identificación, desemboca una fantasmática que se convierte en un especular femenino que toma a la madre como modelo, como objeto para su feminidad, pero la niña debe cambiar de objeto para la organización de su goce heterosexual. Al sobrevenir el colapso y desmentir de la mujer fálica -la mujer con pene-, hay una caída del objeto, el padre destituye a la madre en tanto tiene el órgano que genera el goce en la madre.

Esta caída de la madre fálica, lleva a pique la ligazón madre-hija y promueve el desplazamiento de objeto hacia el padre, instaurando una ligazón y el deseo de darle un hijo al padre, esta ligazón se despliega en la organización

---

<sup>8</sup> Emilce Dio Bleichmar, *El feminismo espontaneo de la histeria: Estudio de los trastornos narcisistas de la mujer*, España, Siglo XXI, 1991, p. 41.

<sup>9</sup> *ibíd.*

sexual femenina en tanto la vagina se erige zona rectora del goce femenino, y se invoca a un desplazamiento del clítoris a la vagina, trasladándola de una posición masculina a una posición femenina.

Hay un mismo orgasmo, que comienza con la excitación clitoridiano y termina con las contracciones de las paredes vaginales. La falsa división del orgasmo, uno clitoridiano y otro vaginal, uno masculino y otro femenino, sin embargo, el clítoris es una parte esencial del aparato genital femenino, órgano de la excitación pero no del orgasmo, la semejanza que hay entre pene y clítoris no los equipara fisiológicamente ni psicológicamente. Si se habla de un orgasmo clitoridiano, se estaría hablando de un carácter masculino de la sexualidad femenina, en donde hay que llegar al orgasmo vaginal, para erigirla su zona de goce, para feminizarla.

Las posiciones masculina y femenina no son sino dos modos de situarse ante esta pérdida de ser, efecto del lenguaje, que constituye el obstáculo para la existencia de la relación sexual; obstáculo en tanto no es la pérdida de un objeto “externo (...) sino de una pérdida “interna” al sujeto mismo.<sup>10</sup> La relación sexual es apresada en el significante falo, por eso falla, porque está sometida a ese goce fálico.

En el paso a la sexualidad hay un control en el hablar, hablar que pone toda lengua del sexo gozante del órgano, al sexo que mata en un silencio divergente de control y represión. De esta manera, la sexualidad esta denigrada a la reproducción y control social. Por tal, el secreto de la sexualidad y la proliferación de un discurso atado a una ligística de palabras, se encuentra sometida a reducirla a una servidumbre sexual y a una economía de la reproducción. No hay sexualidad si el fin es la reproducción. *“Sexualidad es prohibición. Tener siquiera que decirlo, el pudor moderno obtendría que no se le mencione merced al solo juego de prohibiciones que se remiten las unas a las otras: mutismos que imponen el silencio a fuerza de callarse”<sup>11</sup>.*

<sup>10</sup> Daniel Gerber, “A cien años de Tres ensayos sobre la teoría sexual: no hay sexo sin acoso”, óp. cit., p. 87.

<sup>11</sup> Michel Foucault, *Historia de la sexualidad I. La voluntad del saber*, Madrid España, Siglo XXI, 1997, p. 11

El hombre en la búsqueda del objeto del deseo, pero ese deseo está sometido a la ley del deseo del otro. Sexo formulado y silenciado en la palabra del poder. El crimen de la sexualidad, está inundado de fervientes placeres, contoneados a decapitar las trasgresiones más sublimes de la naturaleza.

La sexualidad inacabada de la mujer se descarga en el hombre que le hace conocer por primera vez el acto sexual<sup>12</sup>. Acto que acaba en una naturalidad procreadora. Es la madriguera, no puede negarse a sí misma la vida que encierra en su cuerpo con el embarazo. Hay muerte, su naturaleza la conduce a ser madre, esa es la grandeza de ser mujer, el supuesto fin. Y en la negación de su posición madre, es un ser incompleto, en doble falta (pene-hijo), es no-toda.

La muerte de la mujer, al ser madre, traslada su sexualidad desde que se convierte en sujeto de goce para el otro, es aniquilada, no hay goce. Al ser no-toda desde la posición en que es colocada, desde el ser que habla -el hombre- que la reduce a existir más que como madre. En su papel femenino dentro de la "relación sexual", hay una condición sacrificial de lado mujer, que repara ese ser, él otro castrado y en la desgarradura que la instala en ser el objeto a poseer que en tanto pasividad y debilidad sancionan su cuerpo. La relación falla en la imposibilidad de acceder a la mujer, por el atravesamiento de un significante fálico.

No todo está dicho y la mujer es no-toda, sociedad, cultura y religión amputan la carne, violentan su posición, su sexualidad y su devenir en el mundo, cuya naturaleza es negada. El sexo que nos hace seres discordantes y su paralelismo exilian y moldea cuerpo simplistas, asumidos y obligados al desconocimiento de sí, en la miserable vida que transforma el sujeto-objeto, mujer no-toda, escindida.

"No hay relación sexual"<sup>13</sup> entre el hombre y la mujer, es una aseveración de Lacan. Hay un solo significante, el falo, la falta. El falo simbólico (el pene), la mujer carece, debe posicionarse en relación a ese significante, la mujer está en falta, no puede decirse hallando una imposibilidad de escribir el significante de la

---

<sup>12</sup> Sigmund Freud, (1918[1917]), *óp. cit.*, p. 201.

<sup>13</sup> Jacques Lacan, *Aún*, Buenos Aires, Paidós, (1981), p. 73.

mujer, de acceder al cuerpo de la mujer, está atravesada, su sexualidad es incógnita.

Devenir mujer inscribe una relación con el otro, es no-toda, le falta el significante simbólico que posicione su feminidad, o quizás esta incompletud y no poder decirse toda es la vía del desciframiento de la mujer. Quizás, el goce de la mujer es no hablar, de su saber no saber y nada decir.

La sexualidad evoca la pulsión hacia el ser que sentimos una atracción, sin embargo, la sexualidad, queda naufragada en el espacio de lo escondido, el sexo en la mujer se asume en el momento de la apertura.

Hay una herida que hace huella y lamenta la pérdida del ser en tanto el destilar encantador de la sociedad, desfallece en el deseo y los ideales se ausentan.

Erotismo, ruptura entre lo reproducción y la procreación, es lo oculto y alejado.

## V. DEL EROTISMO A LA MUJER QUE FALTA

*Más allá de cualquier zona prohibida hay un espejo para nuestra triste  
trasparencia.*

*No es esto, tal vez, lo que quiero decir. Este decir y decirse no es grato. No puedo  
hablar con mi voz sino con mis voces. También este poema es posible que sea  
una trampa, un escenario más.*

*Pizarnik.<sup>1</sup>*

Toda escritura es un acto de sacrificio, se somete a un régimen de existencia vacua y prospera, es un ir y venir a través de creaciones y derramamientos discursivos. La imposibilidad de escribir ya está negada desde el momento en el que leemos las huellas de la derrota.<sup>2</sup> El coste de la escritura lleva a la destrucción de toda voz, cae sedienta en la medida en que se aproxima a la profundidad del ser en su continuidad y abre camino a una discontinuidad mística dominada por el horror de la desnudez, la presencia de un mundo sexual. La podredumbre del ser remite a la pérdida, a la muerte.

La escritura es ese lugar neutro, compuesto, oblicuo, al que van a parar nuestro sujeto, el blanco-y-negro en donde acaba por perderse toda identidad, comenzando por la propia identidad del cuerpo que escribe.<sup>3</sup> En la embriaguez de la escritura, el lenguaje alcanza la destrucción del cuerpo, eleva al ser a una sustracción de sí mismo. Se violenta el cuerpo con la radical existencia misma, el ser es hecho palabras, haya en sí toda imposibilidad de nombrarse, de decirlo todo. El ser en tanto habla, sostiene su deseo de falta. La voz muere en la huella de la escritura, deja rastro, desfallece, sacrifica el vacío con el que deviene en la lengua que vomita el hastío del ser consumado por la pavora de su orfandad inscrita en una apuesta incesante de aniquilar los sentidos.

---

<sup>1</sup> Alejandra Pizarnik. *Poesía completa*, (s/f), pp. 117-220.

<sup>2</sup> George Bataille, "La Lucidez y el deslumbramiento", en: *La felicidad, el erotismo y la literatura. Ensayos (1944-1961)*, Argentina, Adriana Hidalgo Editores, 2004, p 10.

<sup>3</sup> Roland Barthes, "La muerte del autor", en: *el susurro del lenguaje. Más allá de la palabra de la escritura*, Buenos Aires, Paidós, 1987, p. 75.

El origen y la muerte, la continuidad y la discontinuidad, son el pasaje ante lo conocido y desconocido, conducen al delirio poético de desafiar la ley de la naturaleza en su negación animal. Hay un acto de rebeldía, el libertinaje de las letras, crea un mundo transfigurado, turbio y encadenado a la lengua. El tropiezo irrisorio de la voluptuosidad de la desnudez cuestiona la peligrosidad del lenguaje que funda la separación de la naturaleza y la animalidad del ser. Esta posición del ser separado es indisoluble del ser, que es arrojado al vacío y al cuestionamiento de sí. Interrogante del ser así mismo como ser consciente, alucinado por la imagen que le representa el otro, el cuerpo que lo atraviese para dar consistencia al ser viviente, al ser simbólico e imaginario, al ser que se hace ser, ser sujeto en perdida- sujeto a la perdida, sujeto en falta.

El ser soporta la miseria de un mundo precario creado en la negación de su naturaleza, en la destrucción, revela al ser como sujeto. En esta negación del ser, el cuerpo se articula en el lenguaje, es introducido en el orden de lo simbólico y subordinado a una existencia que se sostiene en la falta. El sujeto, se hace sujeto por efecto del filo mortal del lenguaje, lo que tiene como consecuencia el dolor de existir –de *ek-sistir, estar fuera*- en la media en que algo está forzosamente excluido por el significante que nombra, bautiza, inscribe al sujeto; el ser, solamente representado y , por esto mismo, ausente.<sup>4</sup> El ser es representado por el lenguaje, es capturado a través de un significante que aspira a lo real imposible de decir.

La desmesurada negación del ser oscila a través de la prohibición que revela la transgresión. La ceguera con la que es invadida hacia la inmundicia, violenta majestuosamente el lugar donde transita ferviente el punto de angustia. La intimidad de la noche retiene la muerte que sobreviene al vacío. El origen de la creación, convoca al desciframiento, aniquila al ser, evidencia la falta. El cuerpo está atrapado por el significante que lo desnaturaliza. El pasaje que alude a la vida preserva la muerte, es un encuentro que atormenta la esencia del cuerpo materializado, constituido como carne apresada en los bordes de la desnudez,

---

<sup>4</sup> Daniel Gerber, *El estúpido encanto de la violencia. En: Psicoanálisis ante la violencia*, México, Ediciones de la Noche, 2005, p. 19.

lugar de la muerte, lugar donde la lengua trenza un saber, donde la voz dice del ser la muerte, dice de la falta, dice del deseo de un cuerpo agujereado e insostenible por la pérdida.

La poesía del cuerpo, es la negación a la animalidad, un desliz en su existir, es la parte oscura, interior e intangible del ser. La catástrofe del sentimiento angustioso que cae, y despoja al cuerpo, es una violación al ser, es un retorno al maleficio de la intimidad resguardada en las lagunas de lo pecaminoso. El habla destruye todo lo adverso al movimiento del cuerpo, constituido como un ser restringido, negado por la infranqueable pérdida del ser mismo.

Somos seres discontinuos, individuos que mueren aisladamente en una aventura ininteligible; pero nos queda la nostalgia de la continuidad perdida.<sup>5</sup> El lenguaje recorta al cuerpo. Hay una constante denuncia ante la imposibilidad de un saber. El desprendimiento del cuerpo como cuerpo otro, cuerpo que es adverso al ser, cuerpo que es capturado en el símil de una condena y negación al ser propio del sujeto, cuerpo ajeno, cuerpo desprendido de un cuerpo que se rige al contagio de la letra actuante, del nombramiento devastador de una ausencia, *estar fuera*.

Un sin decir, sin nombrar que cae sediento a la desmesura de los sentidos. El cuestionamiento del ser emerge del deseo. El deseo no puede saber de antemano que su objeto era su propia negación.<sup>6</sup> Hay una profundidad sujeta a diversos efectos discursivos, el cuerpo erotizado, privado, el cuerpo que sufre la desgarradura de su ser. Los signos anunciadores de la crisis vislumbran la senda que adormece al cuerpo, y naufraga sobre la turbulencia de una tierra árida. Hierde al ser desde su naturaleza misma, lo hiede en una negación hacia su pasado hecho elucidaciones, opera en la muerte. El anclaje que nos introduce al quebranto se fundamenta en la trágica servidumbre de su pasado. El mundo sexual que trasciende al goce del cuerpo, es la maldición del ser.

---

<sup>5</sup> George Bataille, *El erotismo*, Buenos Aires, Editorial Sur, 1969, p. 13.

<sup>6</sup> George Bataille, *La voluntad de lo imposible. En: La felicidad, el erotismo y la literatura. Ensayos (1944-1961)*, Buenos Aires, Argentina, Adriana Hidalgo Editores, 2004, p. 26.

Tan solo en el frenesí de la destrucción se revela el sentido de la creación divina. Tan solo en el ámbito de la muerte resplandece la vida eterna.<sup>7</sup> La súbita angustia del ser entre la vida y la muerte, del ser capturado dentro de lo real bajo el orden del lenguaje enigman al ser, lo arrastran a la memoria del olvido. El ser esta en pérdida, la estructura del lenguaje constituye un ser hablante imposibilitado de decirlo todo. Irreductible a lo innombrable devela el deseo de completud. El ser esta más allá de una muerte radical, su ausencia misma es el soporte del vacío, existe como sustancia en perdida a través del lenguaje, en la inagotable insistencia de vociferar el lugar donde no es.

La sexualidad es parte instintiva del ser, su arte está unida al placer obtenido de la relación sexual. Bajo el manto de un lenguaje depurado de manera que el sexo ya no pueda ser nombrado directamente, ese mismo sexo es tomado a su cargo (y acosado) por un discurso que pretende no dejarle ni oscuridad ni respiro.<sup>8</sup> La sexualidad representa un medio de retención y represión ante el sujeto, es lo que intercepta el cuerpo, lo atrapa y enmudece en la medida que sobre él se ejercen una serie de poderes que encapsulan y entumescen las prácticas sexuales, para mantenerlas en lo prohibido y ser el cuerpo del pecado. En la sexualidad solo hay rechazo, exclusión y una máscara.

La licencia sexual, la moral permisiva: ha degradado a Eros, ha corrompido a la imaginación humana, ha rescatado las sensibilidades y ha hecho de la libertad sexual, la máscara de la esclavitud de los cuerpos.<sup>9</sup> La actividad sexual desliza una objetivación que amputa al ser en el aniquilamiento del acto carnal, haciendo lugar a una sexualidad bordeada en la legitimidad de la preservación. Sin sexo, no hay sociedad pues no hay procreación, pero el sexo también es amenaza a la sociedad<sup>10</sup>. El vínculo con la preservación exaspera el origen y la continuidad del ser como cuerpo material, comunica en la reproducción del nacimiento que repara a los estragos de la muerte. Impone la perdida que conduce a designar el

---

<sup>7</sup> George Bataille, *Las lágrimas de Eros*, Barcelona, Tusquets Editores, 1981, p. 15.

<sup>8</sup> Michel Foucault, *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*, España, Siglo XXI, 1997, p. 14.

<sup>9</sup> Octavio Paz, *La llama doble. Amor y erotismo*, México, Seix Barral, 2012, p. 160.

<sup>10</sup> *Ibíd.* p. 16.

espectáculo de una dimensión que se ubica más allá de crear la masa que constituye al cuerpo como ser hablante.

En esta medida el encuentro de los cuerpos es aniquilado. La esterilización del cuerpo es el cerrojo que ofrece a la vida, los estragos de la muerte. El acto sexual es una condición normativizada y trasfigurada, es una prohibición destinada a ser transgredida, permea a la invención de un más allá que busca la otredad al destellar sobre los sentidos, la poética del erotismo.

El erotismo es el adverso a la actividad sexual animal, pero solo lo es en la medida en que hay un abandono de la animalidad. Un aniquilamiento del ser. Se denigra la vida del ser, hay un cuerpo negado al goce, y este no goce, es un gozar, es el deseo de contemplar la pérdida. Ante este decir, hay una posición que contrapone la dialéctica del erotismo y la sexualidad, punto que entrama vínculos del orden de la falta y de un fracaso en la relación sexual.

El erotismo, discurso de la subjetividad y el deseo, responde a una interioridad inteligible, que le es propio del hombre, en tanto se desprende de su ser animal y hay una movilidad interior que inscribe la angustia del no-saber. Lo insoportable es mirarse a sí mismo y reflejar la muerte del ser en esta discontinuidad. Erotismo parte disoluta del ser humano, naufragio de los sentidos. El erotismo es un territorio prohibido-transgredido en la medida que la prohibición ejerce ese vínculo con lo inexplorado y pecaminoso que envuelve el placer sexual. La prohibición no solamente pretende una restricción del goce puesto que procura sostener los intercambios sociales en la medida en que la conservación y continuación de la vida social, no serían siquiera concebibles sin limitar aquella parte maldita, ese impetuoso movimiento del exceso que podría destruir la propia vida.<sup>11</sup>

Erotismo remite a la sexualidad, a la transgresión del ser, nos remite al mal y a una habitación restringida. Se es la noche, hay un más allá del cuerpo marcado por la pérdida, es el sacrificio ante la imposibilidad de lo absoluto. “El

---

<sup>11</sup> Daniel Gerber, “Violencia, erotismo y pasión”, en: *De la erótica a la clínica: El sujeto en entre dicho*, Buenos Aires, Lazos, 2008, p. 32.

fundamento del erotismo es la actividad sexual. ¡Está prohibido hacer el amor a menos que se haga en secreto! Lo prohibido da a la acción prohibida un sentido del que antes carecía. Lo prohibido incita a la transgresión, sin la cual la acción carecería de su atracción maligna y seductora. Lo que seduce es la transgresión de lo prohibido”<sup>12</sup>. El erotismo es atravesado por un cuerpo, funda la inerme sublimación del ser. La esencia del hombre se basó en la sexualidad –que es el origen y el principio- planteándole un problema cuya única salida es el enloquecimiento. Este enloquecimiento aparece en el orgasmo.<sup>13</sup> Es el objeto donde cae la angustia, enlaza a la perdida, roza la pequeña muerte.

“El erotismo no es mera sexualidad animal: es ceremonia, es representación. El erotismo es sexualidad transfigurada: metáfora. En suma, la metáfora sexual a través de sus infinitas variaciones, dice siempre reproducción: la metáfora de la erótica, indiferente a la perpetuación de la vida, pone entre paréntesis a la reproducción”<sup>14</sup>. El otro habla, el inconciente deviene discurso de una mutilación del Yo escindido, ese corte, síntoma de la locura que habita decae y revela negación a la naturaleza animal-humana, y a la dialéctica que circunscribe la actuación de la mujer como el sujeto-objeto que desea hacerse desear a través del otro. Abruma y nulifica el sentido, desprende un agotamiento del ser fútil, un exceso y mutilación de la voz, que desgarrar y asesina con vehemencia la angustia que danza trágicamente en el cuerpo de la mujer.

Hay una penumbra en la vida sexual de la mujer, su posición acontece como ser natural destinado a la procreación/preservación, no hay decir de su goce que haga referencia a la existencia de la mujer, en tanto, su cuerpo es el reguardo de la vida. Las marcas que instauran la reproductividad apaciguan el territorio misterioso que sostiene el goce que falta a la mujer. De ella se dice sin decir... y se apunta a destituir la ambigüamente como el cuerpo negado y atravesado en su habitación, respondiendo al enigma de su goce. El goce de la mujer, esa

---

<sup>12</sup> George Bataille, *Las lágrimas de eros*, Barcelona, Tusquets, 1981, p. 81.

<sup>13</sup> *Ibid.* p. 32.

<sup>14</sup> Octavio Paz, óp. cit., pp.10-11.

negación, condición que la destina a recortar su cuerpo en busca de una semblanza de mujer.

La mujer determinada desde una posición no-toda esta velada, se reviste y enaltece de discursos que dan lugar a su existencia. Ser el emblema y discurso del otro, está en relación a posicionarse como goce fálico, y así mismo es ser- sin ser, promueve el coste del universal del cuerpo que soporta la falta, el no-todo que atenta al goce y apunta a un goce otro. La mujer convoca a una inexistencia desde sí misma, permea su condición de imposibilidad de decirlo todo, no hay universal que la sostenga en los bordes del lenguaje, algo escapa.

El advenimiento de su encanto sustrae el resguardo que acomete a través de los discursos históricos que atraviesan la ilusoria actuación de la imagen que representa como cuerpo, marcado y sometido a inminentes elucidaciones, que se apaciguan con la lengua del otro, sosteniendo una ausencia que transita en su relación como ser objeto de deseo, poniendo al descubierto las debilidades del cuerpo. La mujer es el espacio que se abre al placer, connota la perversión del cuerpo en la relación carnal, bifurca los placeres sexuales que secreta la carne, atraviesa la censura.

El pecado original, atraviesa en lo imaginario de la creación el encuentro con la mujer, con la fractura del origen. La mujer invoca la condición deseante. Hay una prohibición que se dirige al no-saber en la negación de su ser. Hay un entre dicho entre “el Bien y el Mal”, ¿Dónde está el saber? La paradoja se hace ser en la existencia. La mujer es “verdad” y devela la falta. La mujer es verdad en tanto carece del significante otro, es no-toda, le falta saber y alude a ser un suplemento.

El desmembramiento de la mujer, no tramita a revelar la senda que permea el encuentro con el otro. Mujer camino a la “verdad”, trozo de cuerpo sumergido en los placeres del nombrar, hacerse voz, quebrantar la existencia en su negación. Se recorta, se trasquila en los atavíos de ofrecerse como objeto de deseo, busca agujerear al cuerpo en la llama de la perfección de una imagen ofrecida al goce del otro, amputada al sacrificio. Asume una posición sacrificial, consumación sujeta

a todo ser hablante hecho de significantes, que evidencian la falta. En esta negativa del gozar, la cuestión femenina sostiene una pendiente que aspira a consolidarse como aquello que falta al hombre, conlleva a la actuación de hacerse gozar del otro. La posición femenina no es ser “todo o nada”, sino ser otro para él hombre.<sup>15</sup>

Mujer, arma profunda del diablo genera un discurso que eleva a la mujer a ser el instrumento del pecado, se le exhibe como el cuerpo que inaugura el delito y la herejía, y se circunscribe como figura mítica, figura que enciende mentes y se introduce en el cuerpo de la mujer “pura”. Se introduce en la desavenencia del delito, confiere la figura antagónica de la mujer desbordando los límites del erotismo.

La bruja pone al descubierto los placeres, colma el vacío y asume la otra articulación de la mujer entregada a la perversión y sometida a la insaciabilidad de la carne. “La bruja será la mujer que ha dejado atrás su etapa reproductiva y para quien la sexualidad, es puro despendio, puro gasto. (...) En ella se concentrara los nuevos impulsos eróticos de una sociedad incapaz de mirarse en el espejo, insolente frente a su propia sensualidad y aterrada por el circuito mismo de sus deseos”.<sup>16</sup>

La bruja franquea la mirada, seduce, provoca la locura, celebra la esterilidad y el desborde de los impulsos eróticos. Trasgrede el silencio del acto sexual, incendia el ojo, instaura la angustia en ese aniquilamiento del supremo goce, tocante en la muerte, en ese pequeño estallido que araña lo real. La muerte se halla en el origen de la creación, es un vacío que nos llama al sepultamiento del ser, a la construcción de una tumba que con la letra calla la verdad que fue anunciada y se exilió en el susurro del mito para hacer de la ausencia una convocatoria que nos arroje al voraz agujero de la carne materializada. El cuerpo,

---

<sup>15</sup> Eric Laurent, “Posiciones femeninas del ser”, en: Graciela, Brodsky, *La sexualidad femenina*, Argentina, Escuela de Orientación Lacaniana, (s/f), p.46.

<sup>16</sup> Esther Cohen, *Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el renacimiento*, México, Taurus, 2003, p. 58.

el sexo y sus enigmas son la parte inquietante de la creación, es la manera de hacer pagar la otra herejía. La del pecado que invoca el maleficio.

La bruja se dibuja en acto de rebeldía, es la figura de la mujer poseída por el demonio, es la imagen que se sitúa en el espacio del mal. Se inscribe en el extravío de la negación de un saber. Es el síntoma de aquello que no quiere saberse. La lúgubre hendidura por donde se asoma, demanda la lujuria de un ser insaciable, al ojo que martiriza desde la mirada ser el instrumento del goce. El teólogo Benedicto, (...) propone escribir la palabra mujer por MVLIER, las seis letras serían la evidencia de la verdad: M, mujer malvada es el mal de los males; V, vanidad de las vanidades; L, la lujuria de las lujurias; I, la ira de las iras; E (de Erina) la furia de las furias; y R la ruina de los reinos.<sup>17</sup>

Hay un desplazamiento en la mujer, un lugar sobre el que se superpone una contrapartida, la falsa mujer-la verdadera mujer. La mística de la mujer enciende lo indecible entorno a su decir, algo que escapa en el acto mismo del nombrar hace captura de la falta. De su decir, se hace un discurso que no es su discurso, promueve la palabra en la desavenencia de un lugar mítico.

¿Qué es ser una verdadera mujer? El origen de la creación anuncia un hueco, hombre y mujer fueron creados a imagen y semejanza de Dios, varón y varona. La articulación de una existencia que origina la palabra del silencio en un a callamiento que cifra el vacío de un devenir mitológico en donde la falta se hace presente. El origen remite a la palabra y a la ausencia de un decir. El ser es representado a través de un intento de palabra, se articula en el orden del lenguaje en una superación entre los fantasmas de la figura simbólica que es representada a través de un resto desde el orden de lo real (la carne), resto irrepresentable e imposibilitado de decirlo todo.

La creación en sí misma es un acto que trasciende a la muerte, manifiesta desde sí el cuestionamiento del ser, conjetura la imposibilidad del ser en su deseo. Aniquila al ser, funda la falta y convoca al vacío, agujerea la palabra anunciadora

---

<sup>17</sup> Helí Morales, "Femina Malleficarum", en: *Otra historia de la sexualidad. Ensayos psicoanalíticos*, México, Ediciones de la noche, 2011, p. 91.

que en su nombrar crea pero también destruye. El acto mismo de la creación radica en el origen de la existencia, Dios crea a su imagen y semejanza, habla de su propio deseo de ser sin falta y en su deseo de completud, crea al hombre sujeto al significante de la falta. La existencia del ser se articula en la ley, detenta la violencia en el acto de una demanda en el deseo.

Se hace saber la encrucijada de la creación en un encadenamiento marcado por la incompletud y el deseo de ser sin falta en el atravesamiento de la imagen e identificación de Dios en el hombre-Adán como un espejo entre lo simbólico e imaginario, captando la ilusión de un goce, goce que se hace falta en el síntoma de la fractura de la ilusión de completud. Dios está en falta y por esta falta crea en su deseo de completud, cifrando desde este lugar el retorno de su propia falta. Porque el hombre especularizado en la propia falta de su creador, realiza su deseo en el encuentro con su semejante imaginario: la mujer<sup>18</sup>. Mujer es la falta que le falta al hombre.

El devenir de la mujer, inserta el paradigma, señala la diferencia en la desnudez del cuerpo, interpela dos posiciones míticas. De la creación mujer sobreviene en un primer momento:

*“Se dice, sin decir, que en ambos dos, que en realidad eran Uno en semejanza y a imagen de Dios, lo único que lograba operar como diferencia no era otra cosa que su condición complementaria por el lado de la reproducción: una era la penetrada y uno el penetrador; y se dice que Lilith deseó ir más allá del acto de la copulación y que por ello pasó al acto de demandar a Adán pasar de la copulación a otra relación amorosa que se dice amorosa. Lilith ya no quiso seguir siendo penetrada ni quiso continuar poniendo el cuerpo al servicio de la reproducción, que también es decir al servicio de otro: por esa demanda su condición de origen pasó a ser otra cosa: Lilith pasó de ser varona a*

---

<sup>18</sup> Daniel Schoffer, “Génesis y orden simbólico”, en: *La metáfora milenaria. Una lectura psicoanalítica de la biblia*, Argentina, Paidós, 1993, p. 24.

*ser mujer, de ser pasiva a ser activa; demandó ser amada al tiempo que sostuvo su demanda de amor”.*<sup>19</sup>

Antes fue Lilith, varona que en su demanda se hizo mujer, es la exiliada de letra endiablada, transgrede la prohibición del placer femenino, se opone al cadáver. Quiere gozar, ser el suplemento. Lilith, el otro exiliado... funda el lugar de la mujer gozante y de una ausencia negada de la que nada quiere saberse.

En un segundo momento:

*“Eva es creada como compañera de Adán, como remedio contra su melancolía y soledad y como representante de aquello que falta del hombre y aquello que el hombre desconoce de sí mismo. La mujer es creada como verdad a partir de una tzela, que significa costilla y también tropezón. La mujer creada a partir de una tzela se constituye para el hombre en el tropezón con la verdad en la búsqueda de una costilla que le falta”.*<sup>20</sup>

Eva se establece en nombre de la falta que hace a Adán, es creada en función de semejanza a Adán fundado su propia falta. Se hace un ser complementario al hombre, es colocada en la suplencia de un lugar que constituye la mujer ausente. Sobre Eva se sostiene la falta, existe para sostener la ilusión de la mujer, encarnando así la falta que a la mujer le hace falta, atravesamiento que Lilith inyecta a la existencia del ser como síntoma de revelar su deseo... deseo de mujer gozante. Eva, colocada en el lugar de la mujer ausente, da lugar a la mujer que ella no es y, con ello, a la mujer desde ese momento es inexistente.<sup>21</sup>

Eva nacida de la costilla del hombre, a imagen y semejanza de este, encarna desde su origen la falta de su ser. <<Si se dice que el hombre, varón y varona, fue hecho a imagen y semejanza de Dios, y que Eva fue hecha a imagen y semejanza de ese varón al que algo “semejante a él” le falta; se podría decir que Eva, hecha a imagen y semejanza del varón en el que Dios advierte una falta, es

<sup>19</sup> Jesús Nava, *De la mujer en falta y el hombre negado a ser en falta*. Revista de psicoanálisis, teoría crítica y cultura, 2013.

<sup>20</sup> Daniel Schoffer. *óp. cit.*, p. 26.

<sup>21</sup> Jesús Nava. *óp. cit.*

*nacida en falta; esto es, Eva encarna la falta de suyo propio como patente que la funda>>*<sup>22</sup>.

Eva está en falta, es la falta, y le falta ese saber que en Lilith revela y devela en la ausencia y destitución, es la silenciada, es el deseo, porta el saber. Es el nombrar negado. Lilith sabe y ese saber es negado en tanto Eva emerge del hombre, en ausencia de Lilith y en origen de la carne del hombre.

A Lilith se le hace derivar de la palabra *lilitu*: “demonio femenino”, “espíritu del viento”, En la etimología popular hebrea deriva de *lailil*: “noche”, “lechuza”.<sup>23</sup> Lilith creada en el mismo momento en que Dios creó al hombre, es la innombrable, ser oscuro y oculto, devela la imposibilidad de ser todo dicho, ocupa el estatuto del silencio y se le maldice, apela al goce, encierra el cuerpo femenino en un ser otro, representa la promiscuidad, es la noche.

Lilith establece la falta asumiendo su deseo, busca la soberanía, insiste y no cesa de escribirse desde la noche, convoca al saber desde la radical demanda de la negación a su condición de origen, rompe el lazo con el mandato del servicio al otro, pero también al de su propia aniquilación. La mutilación es lo que precede a Eva de Lilith. Eva legitima el orden, es lo que al hombre le falta., se constituye como la verdad, Lilith encarna la rebeldía y establece la falta asumiendo su deseo, deviene para afirmar la singularidad de su existencia.

Hay una apuesta que no cesa de instaurarse en la interrogante de un mito que fecunda dos posiciones de lado de la mujer, Eva y Lilith. Dando lugar a la ausencia, a un motivo de angustia, convocan a la falta, pero Lilith es la falta original, ella es quien puntúa la radicalidad de su deseo.

Algo escapa, la articulación de la mujer no marcha, hay un extravió en la anudación de la mujer en falta y que falta al hombre.

---

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> Daniel Schoffer, *Op, cit.* p. 36.

## VI. LO SAGRADO

### ***Fronteras inútiles***

*Un lugar  
no digo un espacio  
hablo de  
qué  
hablo de lo que no es  
hablo de lo que conozco  
no el tiempo  
sólo los instantes  
no el amor  
no  
sí  
no  
un lugar de ausencia  
un hilo de miserable unión.  
Pizarnik.<sup>1</sup>*

*La vida que soporta la muerte, y en ella se mantiene, es la vida del espíritu...<sup>2</sup>*

La inmediatez de la muerte en el desgarramiento trágico de su historia, convoca a la causa del acto inacabado, vacío construido por ineludibles deshechos, paradojas fundamentadas en la continuidad del ser y la emergencia de hacerse carne, constituida en la intencionalidad de colmar los deseos, de saciar y devorar al ser, al cuerpo en sí. Cuerpo, pechos, vientre y genitales, carne real asediada por la letra amenazadora, materialidad sujeta protagónica y antagónicamente al origen de la creación, se escribe y se puntúa a través de un discurso sostenido en

---

<sup>1</sup> Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, p. 202

<sup>2</sup> George Bataille, *Las lágrimas de Eros*, Barcelona, Tusquets, 1981, p. 12

la carne. Los bordes de lo real son el significante que posibilita el advenimiento de la existencia, en tanto lugar vacío.

El origen de la creación, es la rasgadura inicial sometida a la servidumbre, es el tropiezo para desviar la mirada y emerger en la negación de una animalidad sostenida en la desnudez. El cuerpo es la animalidad hecha cosa, sustraída en la inmundicia, es el retazo de carne advenido deseo. Hay que destituir el cuerpo perteneciente al mundo y extraer de él el cadáver en su perfecta putrefacción para afirmar al ser en deshecho de ausencia, de muerte revelada naciente y proclamada emergencia de cuerpo triturado. El poder de la muerte significa que este mundo real no puede tener de la vida más que una imagen neutra, que la intimidad no revela en ella su consumación cegadora más que en el momento en que falta.<sup>3</sup>

El ser originado por el deseo, es el deseo transfigurado de la existencia. Es el deseo de irrumpir cosecha, ante la trágica denuncia de un discurso constituido en la ley mítica, arraigado en lo inaudito que de un orden arquetípico dibuja la ruta en lo tocante a la ingeniería enigmática del ser. Esta forma de hacer y agujerear al cuerpo redime al aniquilamiento y destrucción del ser mundano. El cuerpo como lugar hablado, es el lugar perdido ante la imposibilidad de decirlo todo. Es resto cifrado, separado en sí por la captación del lenguaje, del significante, nunca nombrado en su totalidad, solo bordeado y despojado, haciendo corte.

Síntoma del extravió, el cuerpo cae y conjetura el enigma de la articulación de un no saber. Capturado en la imagen y absorbido en la materialidad histórica sutura su advenimiento como sujeto-objeto. El cuerpo escrito nos introduce en el asesinato del ser y en tanto la palabra devine, condena y excluye desde los umbrales de lo real la actuación simbólica, circuncidando la dimensión inscrita en el agujero edificador de la lengua del otro deseante. La carne real debe encontrar un soporte deseante y simbólico, de lo contrario adviene mito y no cuerpo.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> George Bataille, *Teoría de la religión*, España, Taurus, 1998, p 51.

<sup>4</sup> Frida Saal. *Palabra de analista*. México, XIX Columbia Editores, 1998.

El ser en el acto mismo de su existencia apela al deseo, establece la encrucijada. El mito se anuncia como el lugar constituyente de un devenir ilusorio, susurra el libreto. “En el mito se reescribe lo que aún no se ha inventado. El mito es la no-novela, lo creado en torno a eso expulsado de ella, que retorna no como novedad, “nouvelle” sino como creación, en todo su devastador alcance; mito escrito en lo que hace hueco, en el centro de lo reprimido. Pulsión y no causa, pulsación en el despliegue de cofres; pulsión de muerte, el acento en la muerte: el cofre está vacío”.<sup>5</sup>

Esta disyunción por develar la huella del origen (de la creación), del mito hecho palabra, trastorna el revestimiento de un ser-cuerpo apresado por un organismo y una imagen carente, previa a la captura del lenguaje. Emergente del deseo, en la especularidad “el cuerpo será siempre un resto más allá de todo lo que de él puede decirse; se situara en una dimensión diferente a la del sujeto, la de lo indecible, el hoyo negro del orden simbólico, lo fuera-del-lenguaje, lo radicalmente otro”<sup>6</sup>.

Lugar de represión originaria, tachadura que funda al sujeto separándolo, (...) promovido a objeto de deseo ya y desde siempre perdido.<sup>7</sup> El mito es la estructura de una creación en su más radical expresión, interpela en lo fundante del ser ese lazo social que no cesa de escribirse, objetivado en la imagen el saber y la verdad que operan dentro del discurso de una poética del ser. El sujeto se hace objeto, objetivado en las penumbras de lo incognoscible. El mito aparece como defensa ante la pérdida significada *a posteriori*, sosteniéndose en el fantasma de no división del sujeto y en la promesa de una reintegración en el UNO, [...] es el intento de suturar la palabra con la cosa para restituir una consistencia imaginaria.<sup>8</sup>

---

<sup>5</sup> Jesús Nava. “De la mujer en falta y el hombre negado a ser en falta”, en: *Errancia la palabra inconclusa. Revista de psicoanálisis, teoría crítica y cultura*, 2013

<sup>6</sup> Daniel Gerber, “El cuerpo erógeno: entre significante y goce”, en: *De la Erótica a la clínica. El sujeto en entredicho*, Argentina, Editorial Lazos, 2005, p.80

<sup>7</sup> Frida Saal, óp. cit., 1998.

<sup>8</sup> Daniel Schoffer, “La torre de babel y la metáfora paterna”, en: *La metáfora milenaria, una lectura psicoanalítica de la biblia*. Argentina, Paidós, 1993, p 76.

La creación de una ausencia remite a la falta, el origen es la falta. La creación especular encarnada en el deseo del creador, remite a la falta constitutiva del ser, a la imagen y semejanza de un ser sujeto en los intersticios del significante que lo nombra y por consiguiente lo marca de incompletud. Pero la caída -narcisista-, el pecado original, es el síntoma que fractura la ilusión de completud, por que cuál el hombre especularizado en la propia falta de su creador, realiza su deseo en el encuentro con su semejante imaginario: la mujer.<sup>9</sup> La creación se presenta como la emergencia del desciframiento.

“Soy en el lugar desde donde se vocifera que el universo es un efecto en la pureza del no-ser [...] ese lugar [...] se llama goce y es aquello cuya falta haría vano el universo”.<sup>10</sup> Un no-goce donde se anuda la banalidad de la existencia, un goce otro, un goce perdido, es un goce sostenido por el deseo. Goce perdido en la inmediatez del acto inacabado y el desmembramiento del ser fragmentado en su rasgadura inicial. Se advierte la condena y el ambulante perpetuo.

El ser entregado al lenguaje es la sustancia vacía, se halla en falta, causa de su deseo de completud, causa que equivale a sostener su deseo como la condena de su existencia. El ser tropieza por la intermediación del lenguaje que lo apresa, algo queda fuera, la articulación del discurso evidencia la apropiación del cuerpo por el significante que lo constituye como ese lugar donde se inscriben los residuos de la imagen corporal. Desgarrado en la falta de su goce, en la insatisfacción de su deseo, connota la muerte. La muerte nos trae la pregunta de lo que niega el discurso, pero también la de saber si ella introduce en él la negación.<sup>11</sup> Y sin embargo es en la insatisfacción donde la muerte hace presencia. El ser se articula en la ley del deseo. El deseo sostiene al ser, suscita su existencia. Contradicción para abolir al ser.

El acto mismo de la creación revela la dependencia de la mujer respecto del hombre, revela la culpa, implica la desnudez, implica la imposibilidad de mirarse a

---

<sup>9</sup> Daniel Schoffer, “Génesis y orden simbólico”, *óp. cit.*, p. 24.

<sup>10</sup> Jacques Lacan. en: Daniel Gerber, “El estúpido encanto de la violencia”, en: *El psicoanálisis ante la violencia*, México, Ediciones de la noche, 2005, p. 24

<sup>11</sup> Diana S. Rabinovich, *Sexualidad y Significante*, Argentina, Manantial, 1986, p. 12.

uno mismo, la mirada que atraviesa en la negación de sí misma a su deseo. La mirada que nunca es mirada, la mirada que es seducida por la carne y enceguece al ojo que mira, anulando la mirada. El ojo ciego, el ojo inquisidor.

El mapeo del cuerpo de mujer irrumpe deshecho, “Entonces Dios creó a Lilith, la primera mujer, como había creado a Adán, salvo que utilizó inmundicia y sedimento en vez de polvo puro”<sup>12</sup>. Se dice desde la innombrable Lilith, representa el fragmento de una ausencia, existe en la oscuridad de la noche como aquello de lo que nada quiere saberse. Y sin embargo, desciende a través de entramados discursivos que han connotado la posición de la feminidad como cuerpo entregado al otro, trama que desemboca tergiversaciones en la imagen del cuerpo y en los significantes que representan ese cuerpo como el espacio que se abre al goce del otro.

Su despliegue “histórico” señala la caída caótica de su devenir. La mujer es el lugar de la condena, es la transgresión y el pecado mismo. Ocupa un lugar de transición, es señalada en cada letra, el atravesamiento discursivo de la mujer advierte un trasfondo que estructura una lógica que la desnaturaliza. El mal está más bien en la ex-sistencia misma, inmunda por depender del orden simbólico, existencia que se confunde con un real que siempre retorna.<sup>13</sup> La mujer es el lugar de la condena, es la transgresión y el pecado mismo. Ocupa un lugar de transición, es señalada en cada letra, el atravesamiento discursivo de la mujer advierte un trasfondo que estructura una lógica que la desnaturaliza.

Lilith constata la falta al detentar su deseo de soberanía, a través de su negación de ser objeto deseado a ser sujeto deseante. Se negó a entregar su cuerpo al servicio de la reproducción de una existencia no elegida, por esa negación su condición de origen paso a ser otra cosa, la mujer paso a ser deseante, de ser pasiva a ser activa, decidió ser y afirmar la singularidad de su existencia.<sup>14</sup> En su demanda osó en nombrar lo impronunciable, fue exiliada y condenada a la oscuridad. Pronunció lo prohibido (Dios), advirtió la caída del todo

---

<sup>12</sup> Daniel Schoffer, “Dos posiciones míticas femeninas”, *óp. cit.*, p. 37

<sup>13</sup> Daniel Gerber, “El estúpido encanto de la violencia”, *óp. cit.*, p. 23

<sup>14</sup> Jesús Nava, *óp. cit.*

poderosa ante la transgresión de advertir su deseo y retornar en él, su falta misma. Lilith, demonio femenino, monstruo de la noche, asume su deseo y su existencia afirmando su soberanía, lo abyecto. Con su expulsión la muerte sobreviene como ese punto radical que origina la falta, la mujer no existe, en tanto su demanda le advierte lo insoportable, se encuentra allá afuera, es no-toda, situada como el ser que hace falta al hombre. Es desterrada y su ausencia advierte negarse a ser y reivindicar su ser con Eva, complemento del hombre. La mujer se sitúa como el ser que le falta al hombre.

Mujer como aquello de lo que el hombre puede gozar. Conviene para el discurso del cristianismo ser el cuerpo amenazador, ser el instrumento del pecado, ocupando una alteridad radical asociada con la figura antagónica de sí misma. La mujer es exhibida en un doble movimiento, es anulada en el exilio y es la aliada del diablo, abriendo la dimensión de un discurso legitimado en la exuberancia de la herejía.

Placer venido del diablo, el cuerpo como el centro de atracción hacia el pecado, hay que castigar al cuerpo ante la desnudez y transgresión de la ley.

*“La desnudez, opuesta al estado normal, tiene ciertamente el sentido de una negación. La mujer desnuda está cerca del momento de la fusión; ella la anuncia con su desnudez. Pero el objeto que ella es, aun siendo el signo de su contrario, de la negación del objeto, es aún un objeto. Esa es la desnudez de un ser definido, aunque anuncie el instante en que su orgullo caerá en el vertedero indistinto de la convulsión erótica. De entrada, esa desnudez es la revelación de la belleza posible y del encanto individual”.*<sup>15</sup>

Hay un punto paradójico entre la mujer y la feminidad, posición anudada en la in-existencia. El lado donde la mujer se haya hace denuncia de la no existencia, donde no hay relación sexual, negando el goce fálico. La sexualidad en sí misma es un mal si evoca al placer, la sexualidad es la lujuria convertida en el vicio de la humanidad, connota lo perverso, en la expresión de la obscenidad de la desnudez.

---

<sup>15</sup> George Bataille, *El erotismo*, Buenos Aires, Editorial Sur, 1969, p. 100

Se presenta como lo intolerable. Los instintos sexuales, suscitan el placer, soportan lo impuro, conllevan a un sacrificio para purificar del pecado de la carne. Lo impuro se establece en la alianza de lo pecaminoso. La actividad a la que erradamente llamamos impura es la auténtica pureza; es la pureza que Dios nos ordena y que nosotros, por su voluntad, debemos practicar, sin ella no hay camino para encontrar a Dios, que es la Verdad.<sup>16</sup>

En sí misma la mujer seduce, el pene es objetivado en la serpiente, recordando que la serpiente fue quien tentó a Eva de comer del árbol prohibido, y a su vez Eva tienta al hombre a trasgredir dicha prohibición. Pero también se dice que es Lilith quien se convierte en serpiente y es quien tienta a Eva a comer del fruto prohibido, del árbol del Bien y el Mal La mujer es la seductora, el hombre el seducido; disculpado y exonerado desde el principio (...) no es su pene el que tienta a la mujer, sino que como es fácil de colegir, el pene es objetivado en la serpiente, el antiguo símbolo fálico, y la serpiente tienta y convence a la mujer que a su vez enreda al hombre.<sup>17</sup>

Hay que destrozar y despedazar al cuerpo, la culpa nos devora, la ley fundante del bien y el mal, el deseo arde y provoca la lujuria del cuerpo, de la voz, del nombrar lo que ya no es, de agotar la palabra y desmembrar al ser ante la invitación a violentar la existencia, lo prohibido seduce, la transgresión sucede, las miradas delatan lo real de la carne, la desnudez asedia.. La tentación implica quebrantar la ley y abrir los ojos cifrando el “saber”, la manzana destroza el paraíso de Adán y Eva, la mordedura connota el abandono y el quiebro de los cuerpos angélicos, el cuerpo ahora inscribe zonas erógenas, partes malditas que irrumpen para trasgredir la prohibición, funda la apertura a saber del sexo otro, que implica la rasgadura incurable, imposible de suturar, e imposible de saber todo, nos retorna a un no-saber.

Lo que la carne revela como síntoma de la imposibilidad de un no- todo, es el resto de lo real en tanto a través de significantes se devela e inviste un cuerpo muerto, un cuerpo segmentado, hablado, nombrado en cada borde, fundado en el

---

<sup>16</sup> Karlheinz, Deschner, *Historia Sexual del cristianismo*, España, Ed. Yalde, 1989, p 35

<sup>17</sup> *Ibid.*, p 43

significante donde el cuerpo llegara a ser en donde no era, y será donde ya no es. La falta se inscribe en el ser en torno al origen de los cuerpos sexuados, inscritos en el lenguaje. El lenguaje trastorna, somete a la estructura. El goce del significante que aísla el cuerpo. Se goza de una masa corporal, de una satisfacción bordeada por la inaccesibilidad de posesión del no-todo intermediado por el significante.

Hay una apuesta ante un decir de la feminidad., no hay universalidad que la defina toda. La captura del cuerpo inscrita en el lenguaje determina el discurso de los sexos, connota la existencia del ser en un cuerpo cortado, condición que el ser debe soportar para advenir deseante, fractura que somete al ser, en ser hablante, ser en pérdida. Esto es lo que de insoportable representa el eterno femenino.

Ubicar a Eva en el seno de la feminidad connotando su devenir complementado al hombre cerrando todo lugar a asumir su goce femenino... Eva trasciende absorbida en la inferioridad de sí y preservada en la maternidad, lugar donde se legitima protagónicamente su devenir. Mujer-fertilidad, adquieren un carácter mágico. *Aunque exilia en cierta medida lo sagrado, el desborde.* Suscita en la dimensión del enigma la conciliación de un estado divinizado.

Desde este lugar se afirma procreadora, es ahí donde su existencia se verá apresada por los encantos de la enigmática maternidad, desde ahí se regirá ese punto ebulliente donde los místico tendrá resonancias desde la naturaleza misma de su ser. Reducida a su función reproductora Eva legitimara la pasividad, en la que se presenta como subyugación de su propia falta.

O Eva madre o Lilith de los infiernos. Dos posiciones que atraviesan el continente negro de la mujer. Eva y su deseo apagado, asumido en la maternidad. Lilith y el empuje a lo sagrado, despliega deseo. Lilith que pone al descubierto los placeres y la insaciabilidad de la carne abriendo fuego. Eva que mitiga y rechaza su goce. La posición de la mujer obtura dos momentos. Es la tierra, la fertilidad de la naturaleza, adquiere un carácter mágico, nutre y engendra la vida. Por otro, pervierte, genera la inmundicia, se entrega al placer de sí. Los hilos de la escritura

interpelan la feminidad y la mujer cavilosamente en la introyección de un despliegue armonioso del ser, trastabilla el lenguaje capturando al cuerpo.

Lilith, la bruja que se une al diablo para asumir su goce, permanece infiltrada en el cuerpo de Eva que la fragmenta en el cuerpo maternal y al servicio del hombre. Eva orgasmo, Eva parturienta, Eva abriendo su cuerpo al germen de Lilith, Eva asumiendo su posición en falta. Eva abriéndole las puertas al deseo, aunque presurosa las volverá a cerrar, se negará a su goce.

A través de Lilith se condena y se exilia, se subvierte la falta. La mujer está en falta por efecto del significante, su existencia se ve representada en la ausencia, un goce del no ser, del no-saber. El discurso de la existencia se inscribe en la ley del significante, del representante por antonomasia denotativo en el lugar que posiciona al sujeto sosteniendo su falta en el significante simbólico, efecto del lenguaje que lo nombra.

Si Eva es La mujer, Lilith se presenta como lo abyecto (*es el agujero que descompleta a "La" para imposibilitarnos hablar de ella*) Punto crucial,  $\overline{La}$  mujer no existe. El lenguaje no ofrece un significante que pueda enunciar o decir el universal de la mujer, (...) por eso la mujer hay que escribirla  $\overline{La}$ .<sup>18</sup>  $\overline{La}$  hace referencia a un lugar, en Eva la mujer no existe, es no-toda es la creación de otro cuerpo que está en falta, es el complemento del deseo de una ausencia, solo es cuerpo designo de significante cuerpo que se nombra mujer, agujereada y atravesada por el hombre para colmar su deseo. Cuerpo de mujer, articulado en ser el objeto causa del deseo. Lilith, la noche, la aliada del diablo, detenta a su deseo.

La mujer será retratada en la ambivalencia de escenas trágicas, connotando la vulnerabilidad y el asedió que irrumpe la desnudez figura de su imagen corporal, se anudará en el doble fantasma que el mito bíblico inaugura. Mujer, feminidad, representada como aquello imposible de acceder. Será atravesada por la mirada de discursos engendrados en una cultura dominante

---

<sup>18</sup> Emilce Dio Bleichmar, "Deshilando el enigma". en: Frida Saal, *La bella indiferencia*, México, XIX Columbia Editores, 1991, p. 93

donde opera la negación, donde el delito apela a la desobediencia, haciendo del cuerpo el instrumento del pecado. Lilith es la figura radical de la negación.

## CONCLUSIONES

XV

*“Delicia de perderse en la imagen presentida. Yo me levanté de mi cadáver,  
yo fui en busca de quien soy. Peregrina de mí, he ido hacia  
la que duerme en un país al viento”.*

### **Sombras de los días a venir**

*“Mañana*

*Me vestirán con cenizas al alba,*

*Me llenaran la boca de flores,*

*Aprenderé a dormir en la memoria de un muro, en la respiración*

*De un animal que sueña”.*<sup>1</sup>

Habría que rescatar esa voz de las cenizas para aprender, como escribe Derrida:

*“a vivir aprendiendo no ya a darle conversación al fantasma sino a conversar con él, con ella, a darlo o devolverle la palabra, aunque sea en sí, en el otro, al otro en sí. Los espectros siempre están ahí, aunque no existan, aunque todavía no estén. Nos hace repensar el “ahí”, desde el momento en que abrimos la boca [...] sobre todo si allí se habla” [...] “del espectro que nos asedia.”*<sup>2</sup>

En la exigencia de llegar a un punto culminante se presenta una traba, traba que en la conjetura de bordear los hilos que permiten hacer de la escritura un texto, deshilan el tejido. De momentos el camino se reviste de oscuridad, cifrando en los filis de la memoria, arremetidas al preludeo libertinaje de hacer de la letra

---

<sup>1</sup> Alejandra Pizarnik, Poesía completa, p. 202

<sup>2</sup> Jacques Derrida, 1995, en: Esther Cohen, “Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el renacimiento”, México, Taurus, 2003.

una danzante herejía, cuestión que emplaza un titular tanteado en las penumbras de lo insistente.

Si bien estas líneas permitieron rotular una escritura en la inmundicia de lo insoportable, en la falta como el agujero negro que conduce a la noche. Se sostiene de las cenizas una extracción que nace de la incertidumbre, de la vaguedad y la torpeza de un no-saber inscrito en los bordes y mapeos del cuerpo, cuerpo que se hace ser, previo a los recortes hechos por la captura del lenguaje. Un no-saber es la maquinación de renacer y despertar, en el tropiezo que permitió manufacturar un decir, impensable e in-imaginado. De ser mujer ahoga en la voz una subjetivación funesta ante la posibilidad de existencia, que nos recuerda el -estar fuera- y por tanto ausente, es una negación en la proximidad con lo real, e indecible de la trama al no poder decirla toda.

Cada letra enmendada a lo largo del texto teclea un desconocimiento, lo no-dicho es el punto inquietante que permite musitar el ciframiento de la mujer, ingresando en la negación del universal que la define no-toda, e inscribe un lugar que apela a otro discurso, el de la falta.

Así, con el remendó de cada tejido, surgen con avidez señuelos que invocan a desmesurar el silencio, trastocando en las finas líneas que bordean el cuerpo, la hendidura fundante y el retorno de la creación, retomando aquella novela como el punto nodal que entrama el investimento del cuerpo en una anatómica y biológica condición constitutiva del ser, en la fracción del cuerpo que invoca la existencia –en tanto lugar hablado- hacia un lugar borroso y deambulante, con un despliegue de juicios entorno a la gramática conformación que precisa de la carne, un cuerpo en la inmundicia de lo fragmentario.

Las palabras precisan y suturan en la inmediatez de hacer del cuerpo un lugar nombrado e inscrito en el lenguaje, empuñando en la imagen, el representante del significante denotativo del sexo. Lo oculto que funge como categoría, y asignación de un deber ser, rotula el cuerpo, constatando una división que comienza por la prominencia y la abertura. Condenando una disputa e introduciendo un sentimiento de pertenencia, se apresa el cuerpo en investiduras y

mascarás, que asignan un lugar a representar, someter y sostener en la insoportable convocación del sujeto/cuerpo destinado ser, o, un cuerpo que llegará a ser.

Esta apuesta discursiva, a penas germinando concluye otra posibilidad para escribir en el hartazgo, intentando deshacer la moldura de una normativa estereotipada por los andamiajes de la trágica historia que nos posiciona dependido de desecho, atravesando los residuos del deseo y del placer, no menos fallidos que la inefable existencia del ser. Hay un goce, hay una pérdida.

Podemos iniciar hilando o deshilando este breve texto, en las peripecias de una cordialidad atemporal, en el movimiento que murmura idas y vueltas inconclusas, escribiendo al aire y demandado un no-saber.

Atisbando de manera obstinada, poner fin a los decires que suponen articulaciones situadas en el recubrimiento de una corporalidad, es un decir que atraviesa otros discursos e impera la transmisión del susurro colectivo que pasa de una voz a otra voz. Es, en esta dimensión de fragmentar el cuerpo, que se asienta una condena no solo de su condición de género, sino que también, en la austeridad de presentar el cuerpo de la mujer como cuerpo de otros, es a través de la historia que se coloca a la mujer como un producto material, destinado a la reproducción y al servicio del placer, y la femineidad, se ve expresada en la banalidad de artilugios destinados a encandilar la mirada del otro, y presas de la imagen visual, provocan el despertar de una sexualidad incierta, prohibida y castigada. Se asume una maldición.

Sin embargo titubeante a la cadena de identificaciones que concretan en determinismos una forma de posicionarse y así mismo cautivar chispeantemente la naturaleza que gobierna la corporalidad y biológica de la mujer, castrada y sumida en la pasividad, se establece una forma manifiesta de circular social y culturalmente, instaurando una jurídica de la mujer. Invención que hasta el presente sigue generando oposiciones.

La mujer, atraviesa circuncidante la irradiación de una develar obturado. Anunciando la abertura hacia una herida que no cesa de escribirse. De la mujer se

intenta un decir, y sin embargo, la miseria de una precariedad discursiva articulada en los arquetipos de una imagen, postulan la categoría del género como una emergencia por vislumbrar la disimetría del cuerpo, posicionando una disoluta condición, producto de una supuesta naturaleza. Así la escritura se convierte en el desgarro de un cuerpo triturado.

Es preciso poner en entre dicho esta falla que hace del cuerpo de la mujer un síntoma, pues el cuerpo aún no definido por la disimetría, es carne que sufre al ser descuartizada, es resto vacío acatando las leyes inscritas en el orden del lenguaje. Determinando que el cuerpo antes de ser sexuado, es hablado y por ende atravesado, procediendo a capturar la diferencia del significante órgano como el principio que se impone sobre el cuerpo.

De esta manera la mujer promueve una resignación, su existencia se debate en el modelo a representar, genera una institución sirviente. Procrear, parir, amamantar, es lo que a la mujer se designa por antonomasia. Pues aun el interdicto fructífero del exceso, argumenta un domino en la negación a lo proscrito “natural”, su condición también inscribe someterse a ser objeto de deseo. Pero culminar en el encierro del cuerpo sufriente, devastaría esta escritura.

Por otra parte, lo femenino sitúa un desconocimiento, constituye una manera de situarse en el mundo, o mejor dicho en el inmundo, pues en este existir hay una relación de apareamiento entre ser mujer y asumirse femenina, promoviendo una constitución aniquiladora, careciendo un no-saber en el enigma que de su saber, no puede decirse. Su existencia confiera lo indecible, transita el no-todo, soporta lo intolerable y también vaga en el exilio.

Desde lo enunciado, imperan arquetipos, la imagen condensa el revelamiento, pues llegar a asumir una posición femenina, gira en la conversación de la identificación con el fantasma generacional que evacua su saber asomando al develamiento. Determinando en la mujer un desdoblamiento, la voluptuosidad de los bordes del cuerpo, prevén un camino fundado en su actividad sexual y en la organización de su psiquis. Lo cual acecha una contrapartida doble, dando cuenta de un florecimiento, que instaura lo inacabado.

Acatando la necesidad de trasnochar sobre la huella imborrable que subordina la escritura, se irrumpe la imagen como representación y composición hilvanada, actuante a los soportes del lenguaje. Laberinto asfixiante. La lengua reconstruye transfiguraciones en el lugar de la muerte. Poder decir de la feminidad contigua a un espacio que explora los sentidos, conduce la frivolidad entreviendo una proximidad a la verdad. La escritura permite sofocar en la creación un lugar estático y fugitivo.

Acechando la escritura que introdujo el hastío, el vómito de la realidad presente, fotografiada en la plasmación de la imagen atravesando la mirada, torturando al ojo enceguecido. Llegamos a ese lugar donde la mujer se transforma y es ave negra que vuela surcando el maldecir, trayendo al mundo altercados que infaman el Bien y el Mal, atravesando dos momentos descendientes, primero: de la negación y tachadura de un mal principio, del polvo exiliado al infierno, de la oscuridad, de la bestia Lilith; seguido de un buen principio forjado de la costilla, de Eva la mujer que hace falta al hombre.

La santa y la prostituta, son polaridades arrancadas de la costilla, o bien, del sedimento, irrumpen en el mismo ser. Operando en la locura, la angustia de ser mujer, conlleva una trascendencia difamadora, es el ser protagónico y antagónico, las letras escriben una dimensión divina en los misterios de la procreación, es la gran madre, la santa y bien hechora, infunde un carácter poético, del bien decir. O bien es el instrumento del pecado, asociada al diablo, la bruja confiere el mal y genera otro discurso a través del delito.

Punteando, cavilosamente la mujer se define en lo abyecto. ¿Qué es ser, una mujer?, conjetura un goce otro, del que nada puede decir. De la posición que trasluce su habitar en el mundo se concluye una dictadura, pues la existencia apresada en los desfiladeros del significante, representa la marca insoportable que hace de la mujer un sujeto borrado. Y quizás lo intolerable de ser mujer, deviene en la inexistencia, consumación de muerte, que hace escritura.

## BIBLIOGRAFIA

- ☞ Alderete de Weskamp, M. (2003). Lo entrañable. De la posición femenina y el fin de análisis. Argentina: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- ☞ Barthes, R. (1987). El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra de la escritura. Buenos Aires: Paidós.
- ☞ Bataille, G. (1981). Las Lágrimas de Eros. Barcelona: Tusquets.
- ☞ Bataille, G. (1998). Teoría de la Religión. España: Taurus.
- ☞ Bataille, G. (2004). La felicidad, el erotismo y la literatura. Ensayos (1944-1961). Buenos Aires. Adriana Hidalgo Editora.
- ☞ Bataille, G. (2007). El Erotismo. Barcelona: Tusquets.
- ☞ Beauvoir, S. (1997). El segundo sexo II. La experiencia vivida. México: Alianza, Siglo XX.
- ☞ Brodsky, G. (s/f). La sexualidad femenina. Argentina. Escuela de orientación Lacaniana.
- ☞ Butler, J. (2007). El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad. Barcelona: Paidós.
- ☞ Chakravorty, G. (1994). *El desplazamiento y el discurso de la mujer*. Debate feminista.
- ☞ Cohen, E. (2003). Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el renacimiento. México: Taurus.
- ☞ Deschner, K. (1989f). Historia Sexual del Cristianismo. España: Ed. Yalde
- ☞ Dio Bleichmar, E. (1991). El feminismo espontaneo de la histeria: Estudio de los trastornos narcisistas de la mujer. España: Siglo XXI
- ☞ Foucault, M. (1997). Historia de la Sexualidad I. La voluntad del saber. España: Siglo XXI
- ☞ Freud, S. (1905). Tres ensayos sobre la teoría Sexual. Tomo VI. Argentina: Amorrortu, 1992.
- ☞ Freud, S. (1918 [1917]). El tabú de la virginidad (Contribuciones a la Psicología del amor). Tomo XI. Argentina: Amorrortu, 1992

- ☞ Freud, S. (1933 [1932]). 33ª conferencia. La feminidad. Tomo XXII. Argentina: Amorrortu, 1991.
- ☞ Gerber, D. (2005). De la erótica a la clínica. El sujeto en entredicho. Buenos Aires, Argentina: Editorial Lazos.
- ☞ Gerber, D. (2005). El psicoanálisis ante la violencia. México: Ediciones de la noche.
- ☞ Israël, L. (1979). El goce de la histérica. Barcelona/Buenos Aires: Argonauta.
- ☞ Lacan, J. (1981). Aún. Buenos Aires. Paidós.
- ☞ Lagarde, M. (2005). Los cautiverios de la mujer: madresposas, mojas, putas, presas y locas. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- ☞ Morales, H. (2011). Otras historia de la sexualidad. Ensayos psicoanalíticos. México: Ediciones de la Noche.
- ☞ Nava, R, J. (2013). De la mujer no toda y el hombre negado a ser en falta. *Revista de psicoanálisis, teoría crítica y cultura*. Num.3. En: [http://www.iztacala.unam.mx/errancia/v7/PDFS\\_1/ERRANCIA%207%20-LITORALES%208.pdf](http://www.iztacala.unam.mx/errancia/v7/PDFS_1/ERRANCIA%207%20-LITORALES%208.pdf)
- ☞ Paz, O. (2004). El Laberinto de la soledad. México: Fondo de Cultura Económica.
- ☞ Paz, O. (2012). La llama doble. Amor y erotismo. México: Seix Barral
- ☞ Pizarnik, A. (1971). Poesía completa.
- ☞ Rabinovich, D. (1986). Sexualidad y significante. Argentina: Manantial.
- ☞ Saal, F. (1998). Palabra de analista. México: XIX Columbia Editores.
- ☞ Saal, F. (1991). La bella indiferencia. México: XIX Columbia Editores.
- ☞ Salas, O. (1987). La feminidad: una revisión de la fase fálica. Argentina: Nueva visión
- ☞ Schoffer, D. (1993). La metáfora milenaria. Una lectura psicoanalítica de la biblia. Argentina: Paidós.